

claridad

AÑO VII

PUBLICACION MENSUAL SANTIAGO SETIEMBRE DE 1926

N.º 134

GREGORIO MARAÑÓN. ARMANDO DONOSO, JUAN PUY, ANGEL CRUCHAGA, GERARDO SEGUEL, JUAN MACHUCA, ROSAMEL DEL VALLE, SANCHEZ VIAMONTE, ADRIANO DEMARCHI, P. GIACONI, RUBEN AZOCAR.



DESEMBARCADERO, DIBUJO DEL PINTOR HUNGARO PABLO VIDOR

40 centavos

EDUCACION SEXUAL POR GREGORIO MARAÑÓN

LOS INSTINTOS, FUENTES DE DESDICHAS

Pocas cosas pueden sorprender tanto al hombre de buena fe como el hecho terrible de que los dos instintos que le mantienen sobre la tierra, el de la conservación y el de la reproducción, sean precisamente la fuente de casi todas las desdichas. El hombre existe porque vive y se reproduce. El instinto de perdurar en el individuo y en la especie son los motores subterráneos de su actividad en sus formas más variadas. Pero el cumplimiento de estas obligaciones ineludibles, es empresa llena de dificultades. Para vivir tiene que trabajar con dolor o cometer la villanía de vivir del trabajo de otros; y para reproducirse tiene que pasar por las horcas caudinas de las múltiples desarmonías de la vida sexual.

Tiene esta tragedia, a la que nacimos unidos, un aspecto filosófico que no vamos a comentar. Para los cristianos no es otro que la maldición divina, el justo castigo del pecado: "ganarás el pan con el sudor de tu frente y parirás con dolor." Y el dolor de parir es solo un símbolo de todos los demás dolores adscritos al comercio de los sexos, que hieren por igual a la mujer y al hombre.

Un verdadero torrente de literatura se ha aplicado a descifrar el porqué el simple vivir vegetativo, el no morir de hambre a que todos debíamos tener un derecho innato, es, sin embargo, el origen de las injusticias que los hombres mejor intencionados no aciertan a deshacer.

Nosotros vamos a ensayar unos comentarios sobre el otro problema: sobre cómo y por qué el noble instinto de la reproducción se convierte en manos del hombre en fuente de interminables desdichas.

No creo que haya nadie que dude que esto es así. Repasemos nuestra propia vida desde nuestra niñez y la de los que viven cerca de nosotros. Para casi todos la aparición del instinto sexual es como una fuerza inesperada que nos empuja y nos urge como un apetito imperioso, pero que no puede saciarse como los demás apetitos. Acudimos a nuestros padres, a nuestros maestros y sólo logramos una explicación vaga, llena de equívocos y de la perspectiva de pecados que antes no conocíamos.

Vienen luego los años de juventud en los cuales el instinto se ha desarrollado y ha adquirido un órgano propio, que nos llama a diario y quizás con alabanzas tan fuertes que hacen estremecer al organismo entero; y la respuesta del ambiente es una máxima moral o higiénica que, cuando el hambre no es mucha basta, para contenerla; pero el apetito arrolla en otros pasos las más espesas murallas de consejos y se desborda, por una simple ley física que le hace incontenible; y entonces ni las pedagogías ni tampoco las religiones ofrecen soluciones concretas y es preciso tomar por mentor a un amigo más despierto o a un libro clandestino o al propio desorientado instinto y lanzarse con gafas tan medianas a surcar la laguna erizada de peligros, y quizá de abyecciones, de los amores clandestinos.

Acaso poco después llega el hallazgo de una mujer, que es a la vez mujer y compañera, que soluciona definitivamente el problema en una atmósfera de bienestar moral, legalizada (a mayor abundamiento) por la sociedad, y aún por la bendición divina. Pero admitir esa solución como la normal para la humanidad equivaldría a suponer que una muchedumbre de pobres podría enriquecerse jugando a la lotería. La inmensa mayoría de los hombres siguen intentando este azar tan difícil con una buena fe y una perseverancia que acreditan la bondad fundamental de la arcilla de que fuimos formados. Pero ¿cuántos son los que aciertan? Dejemos que nos contesten los más optimistas: ¿un cuarto? ¿un tercio? ¿la mitad? Pero ¿y los otros? Los que vieron sus esperanzas rotas en la misma noche de las bodas o desgastadas rápidamente en los años siguientes por el roce contra la aspereza de los caracteres, contra el ambiente hostil o la desgracia; los que no llegaron nunca hasta la mujer elegida por obstáculos sociales o personales; y los enfermos del cuerpo o de los mismos instintos y tantos más.

Entonces viene el martirio renovado todos los días; la lucha contra un enemigo que está en uno mismo; el caminar dando tumbos entre el ascetismo y el engaño y la ilegalidad; si no es, que una filosofía cualquiera o la ocupación de

todas las horas—o la frialdad del propio temperamento—hacen que la sociedad se amanse y se desvanezca.

Sin querer me he referido al hombre únicamente al trazar este esquema doloroso, como todavía nos pasa muchas veces a los hombres cuando queremos hablar de toda la humanidad. Pero el problema del sexo en la mujer es tan difícil como en el varón. Es cierto que en muchos casos la ponen a salvo de estas inquietudes, la menor impetuosidad de su instinto y la facilidad con que, por esto mismo puede convertirse en otras actividades sociales que tienen el carácter de un sexualismo sublimado, como son el cuidado de niños y enfermos, muchos órdenes de profesiones y ocupaciones sociales y, en cierto sentido, la misma exageración del fervor religioso, pero tiene en cambio en contra suya la tremenda, la insoluble inferioridad que le dan frente al amor las condiciones esenciales de su sexo el hecho inmodificable de que el mismo minuto de pasión que no deja en el hombre más huella que la satisfacción de un deseo cumplido, sea para ella el comienzo del largo ciclo, lleno de peligros y responsabilidades, de la maternidad. Y sobre esta desigualdad biológica pongamos todas las que el egoísmo secular del hombre ha ido inventando.

Pero aún para los que—hombres o mujeres—han resuelto normalmente su vida sexual, las angustias comienzan de nuevo al crecer los propios hijos y acercarse al inevitable momento en que han de empezar "a saberlo todo". Se recuerda entonces la confusión, el asombro, casi el dolor físico que sentimos nosotros cuando el amigo o el librito comprado en un kiosko nos mostró brutalmente la verdad medio adivinada. En "Los Trabajos de Urbano y Timóna" una de las novelas de esta época—y de todas—en que de modo más perpicaz y más noble se trata el problema sexual, describe Pérez de Ayala como un cura fué encargado de revelar el secreto del sexo a Urbano, el protagonista, conservado por los cuidados de su madre en estado de virginidad absoluta aún después de su matrimonio; la madre esperaba en una habitación vecina el resultado de la conferencia; y el momento de la revelación se marcó por un grito agudo del joven, un grito de dolor en la carne, trasunto del que lanzaría una virgen al ser brutalmente desflorada. Somos muchos los que hemos sentido, si no el dolor que hace gritar, al menos un nudo en la garganta y, hemos vuelto a nuestra casa pensativos, viendo todo ya y viendonos a nosotros mismos de diferente manera que antes. ¿Y cómo evitar el mismo trance en nuestros hijos, ahora llenos de divino candor? ¿Dejaremos el azar de sus camaradas y de las sugerencias callejeras al en cargo de violar su inocencia? Y, si para evitarlo les sometemos nosotros mismos a los técnicos de nuestra confianza al trance cruel con la asepsia y la anestesia de una explicación científica ¿no atropellaremos la marcha natural de las cosas? Y sobre todo, ¿dónde está esa explicación eficaz y justa a la vez que, como veremos luego, los pedagogos y los sabios no han logrado encontrar todavía?

Porque ¿cosa extraña! todas estas inquietudes que ocupan tanta parte en la vida de la humanidad, desde que hay memoria de ella sobre la Tierra, están hoy, al cabo de los siglos casi tan lejos de su solución como en los tiempos más remotos. Todo ha progresado; la vida material, la instrucción y la inteligencia colectiva y hasta la sensibilidad y el patrón moral de los individuos y de los pueblos; pero cuando se comparan los conflictos del sexo en una gran ciudad de ahora con las ciudades precristianas o los de un pueblo europeo con los de una tribu africana se ve con estupefacción que el problema no ha cambiado como no sea en cosas puramente accidentales.

Ni la pedagogía, ni la medicina en cierto modo, ni las religiones han logrado resolver el problema. Por lo que respecta a los dogmas morales y religiosos, es necesario confesar una vez más que o bien los prejuicios morales nos han imposibilitado para ver con claridad, a la luz de la pura biología, el desarrollo y las modalidades del instinto de la especie; o es este instinto tan poderoso que ha arrollado sistemáticamente a todas las morales al uso. Pero el hecho es que

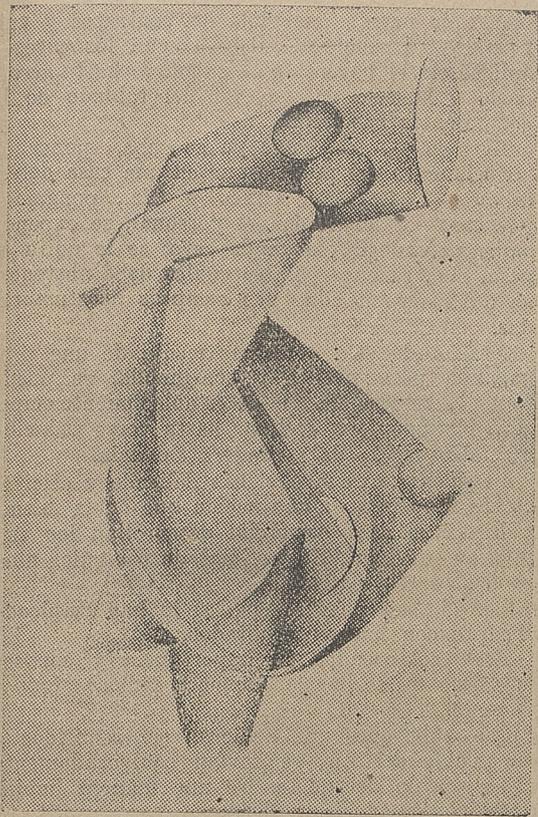
la humanidad lleva muchos siglos de experiencia de diversas religiones, algunas como la cristiana, henchidas de sublime comprensión de la naturaleza humana y sin embargo, la herida sexual sigue ensangrentada y abierta como el primer día. La religión nos ofrece esta solución invariable: el matrimonio o la abstinencia. Yo creí firmemente, y más adelante volveremos sobre ello, que la fórmula mejor de cuantas se han llevado a la práctica para resolver la cuestión sexual es el matrimonio, contrato basado en el amor y erigido a la dignidad de sacramento, aunque con el punto discutible para el biólogo de su carácter de eternidad. Pero con todas sus excelencias ¿qué ha aportado a la sociedad! ¿Cuántos casos desgraciados quedan fuera de él y entre los incluidos cuántos desgraciados también!

Por otra parte, ¿qué hacer, dentro del credo estrado, si el amor se extingue al cabo de un cierto tiempo de unión legítima o si ésta, por circunstancias especiales, llega a hacerse imposible? La religión ofrece entonces el otro término de su fórmula, teóricamente perfecta, ser bueno, ser casto, vencer al instinto y al amor. Pero, repitámoslo, son muchos los siglos que ha vivido la humanidad para no comprender todavía que el hombre sólo excepcionalmente se someterá a esta solución. Será doloroso el decirlo, pero es así. Cuando un hombre y una mujer se sienten atraídos por ese impulso formidable en que alienta la perpetuación de la especie, una reflexión moral será muy pocas veces obstáculo suficiente para separarlos. Esta es la verdad que cualquier observador de la sociedad sabe de sobra, y que saben también los mismos confesores. La misma religión tendrá, pues, que remozar la técnica de sus soluciones para los conflictos de la sexualidad. Así desaparecerían los equívocos que tanto perjudican a la excelsa elevación de sus principios y que son tan frecuentes en sociedades muy religiosas como la nuestra, que por ejemplo, consideran de una corrección moral intachable a la mayoría de los hombres, a sabiendas de que cada noche juegan al amor mercenario o se ejercitan en el deporte de la seducción; y a muchas mujeres cuyo hogar legítimo sólo les sirve para descansar de las aventuras clandestinas; y en cambio hacen la cruz a parejas que viven, quizá porque no han podido hacerlo de otro modo, dentro de un hogar honrado y monógamo, pero "libre", esto es, no sacramentado. Por desgracia, habrá que esperar a que vuelva Cristo entre nosotros para que veamos arrojar a latigazos de su Iglesia a todos estos fariseos de la moral sexual.

Las religiones occidentales tienen, aparte de esto, en su haber el ahinco con que han propagado la idea de la castidad, de la abstinencia, del sacrificio que desde un punto de vista general es un elemento esencial para la solución de los problemas sexuales; y esto no les será nunca bastante agradecido. Luego volveremos, desde el punto de vista social y médico, sobre la eficacia y los inconvenientes del matrimonio y de la castidad.

¿Y la ciencia? La ciencia—y al hablar de ciencia nos referimos a todas las ciencias biológicas y sociales que han aportado su esfuerzo a la cuestión—no ha sido más afortunada, y no, seguramente porque no lo haya intentado con insistencia a juzgar por la literatura sobre estos temas, que es increíblemente abundante. A ella se deben, sin embargo, dos puntos concretos de progreso en el conflicto sexual que son: primero los beneficios logrados ya en la lucha contra las enfermedades venéreas—que todavía entre nosotros, sin una sola protesta de las feministas, se siguen llamando inicuamente "enfermedades de mujeres"—. Y segundo, el haber propagado y descubierto la noción de que gran parte de las anomalías y aberraciones sexuales no son, como antes se creía, perversiones de naturalezas degeneradas, no son crímenes punibles, sino desviaciones innatas y espontáneas del instinto, dignas por ello de la misma atención y del mismo noble compasivo interés que cualquier otra anomalía de la fisiología humana.

No vamos a intentar demostrar aquí la realidad de nuestra primera afirmación, de la victoria conseguida por la bacteriología y la medicina contra las enfermedades sexuales; victoria en cierto modo conseguida también contra la moral hipócrita de nuestras sociedades, porque hoy ya nadie duda que el auge y la propagación de aquellas enfermedades es una consecuencia directa de la necesidad del amor clandestino. En nuestro país por fortuna, esta lucha antiveneérea se ha librado con gran eficacia. Y un más que por lo ya logrado hemos de regocijarnos anticipadamente por la seguridad que nos da, de que la victoria completa llegará pronto, la firmeza científica de las bases sobre las que actualmente



Dibujo: Archipenko

se ha planteado la lucha, a partir de Metschnikoff, Schaudin, Neisser, Wassermann, Erlich y Levaditi. De un lado, en efecto, podemos diagnosticar con seguridad y muy precozmente las lesiones sifilíticas y curarlas con rapidez y completa eficacia; y de otro nos será posible muy en breve, según todo los indicios, esterilizar al individuo sospechoso del contagio, recién celebrado el ayuntamiento peligroso, con toda seguridad y por el interesado mismo, sin que tenga que pasar por los consultorios que son casi siempre horcas caudinas para el bolsillo o para el recato de los pacientes.

Y en cuanto a la utilidad del actual concepto científico de las anomalías sexuales, todo es pírúto elevado la comprenderá, aún siendo español, y digo esto porque cada uno de nosotros nace con el lastre de muchos siglos de considerar lo que nosotros hemos llamado "la virilidad cuantitativa" como la condición indispensable para la vida social, y aún como la disculpa para toda clase de fechorías, y también de crímenes, a cambio de suponer dignos del desprecio y de la mofa más estúpida a quienes se supone al margen de esa masculinidad, sin valorar todo lo que, fuera de sus instintos, pueden tener de valorable y sin tomarse el trabajo de discurrir que nadie es responsable de cualidades físicas o intelectuales que no ha podido elegir libremente. Magnus Hirschfeld fué el primer mantenedor de esta noble causa. Hoy, en efecto, el proclamar esta idea no es sólo una postura generosa, sino la consecuencia lógica de hechos de los que no se puede dudar. Hoy sabemos cómo nosotros también dentro de nuestra medida hemos procurado divulgar que cada organismo es originariamente bisexuado y que sólo en el curso de nuestro desarrollo embrionario se afirma el sexo que cada cual tendrá en el curso de la vida como "sexo primario" pero no exclusivo en un sentido absoluto, pues en todo hombre y en toda mujer quedan vestigios del sexo contrario, como "sexualidad secundaria" que, aunque en la mayoría de los casos permanecen siempre sofocados o hacen sólo una aparición episódica en pequeños detalles de la morfología o de la psicología (sobre todo la psicología instintiva), en otros, sin embargo, hacen acto de presencia bien desde el momento mismo del nacimiento, bien en la pubertad bien en el transcurso de la madurez o bien, sobre todo, al declinar, en la edad crítica el sexo primario.

Y entre estos casos de "bisexualismo inicial y normal" hasta los casos de los hermafroditas de los museos se extiende una serie de infinitas gradaciones que nos explican cómo pueden coincidir en un organismo de apariencia completamente o casi completamente masculina o femenina, los impulsos de atracción por el sexo opuesto. En contra de lo que sostenían los antiguos psiquiatras y aun el mismo Freud, tan moderno y tan competente en estas materias, hemos, pues, de admitir que toda forma de inversión sexual corresponde a una inversión orgánica previa, que unas veces se apercibe a simple vista—los hombres afeminados o las mujeres hombrunas—, pero

que otras requiera para ser descubierta un detenido examen, que no siempre puede llevarse a cabo. Mis investigaciones me permiten afirmarlo así con toda seguridad y próximamente espero mantener esta tesis en el Congreso Internacional de la Sexualidad de Berlín para el que acabo de ser invitado.

Estos hombres, muy hombres, pero portadores de gérmenes importantes, aunque, en estado de latencia de feminidad; y esas mujeres que, a trueque de su perfecta feminidad aparente, llevan en sí gérmenes de virilismo, podrán quizá trascurrir toda su vida en estado de normalidad sexual perfecta; pero son, sin duda, "el terreno abonado" para que la inversión sobrevenga si le impulsa a ello una causa determinante, que puede ser anatómica, por ejemplo, la supresión de sus glándulas primarias por una enfermedad o por una operación quirúrgica, y así se explican los casos de inversión después de una orquitis grave o de una castración; pero que puede ser también, y así ocurre en la mayoría de los casos, puramente psicogena, como la educación sexual perversa. Es decir que para nosotros aún en aquellos casos en los que la pervención parece indudablemente fruto de una serie de ejemplos perniciosos, de una enseñanza deliberadamente perversa tendríamos siempre que admitir la existencia de ese terreno a que antes aludíamos.

Así nos explicamos que los individuos sexualmente bien constituidos y siempre que no sean muy niños, rechazan con instintiva repulsión las prácticas homosexuales, a pesar de todas las fuerzas de las sugerencias que se les hagan, con la misma instintiva repulsión con que el homosexual, a pesar de cuanto se le sugiera en contra, a pesar, en muchos casos, de su propia voluntad, rechaza el comercio con el sexo contrario. En suma, para nosotros es una verdad indiscutible que cada uno ama en la vida no lo que quiere, sino lo que puede.

Visto así el problema, ¿cómo no hemos de horrorizarnos al leer que nuestras antiguas leyes—y quizá también las de otros países—condenaban a estas gentes errabundas del sexo al ser quemados vivos, y al saber que todavía hoy se organizan en nuestras grandes ciudades batidas en que se los caza, llevándolos maniatados entre el alborozo y la burla de policías y público, a la cárcel, donde se les someta a especiales aflicciones, físicas y morales (1), uniendo en la misma "redada" a pobres hombres que obedecen a un instinto ciego y a los rufianes que hacen de esta desventura una profesión o un motivo de chantage. Recuerdo que no ha mucho, y para tratar de deshacer uno de estos errores, fui a visitar a quien en aquel momento ejercía la suprema autoridad policíaca de España, y encontré en él, desde más primeras palabras, una tan absoluta y plebeya incompreensión del problema, que renuncié inmediatamente a mi intento. Aún tardará en llegar la verdad hasta esas esferas donde el poder asienta sobre cabezas, en general poco hechas al estudio; pero, con todo, llegará, y esos anormales de sus instintos, que pueden ser normales de todo lo demás, en lugar de perseguidos serán discretamente aislados y tratados con los recursos de que hoy disponemos, que, según todas las probabilidades, no tardarán en ser más eficaces. Pero sobre todo, al cesar el "acorralamiento" implacable que las leyes y la sociedad hacen de ellos, cesará también la atmósfera de "incomprendidos" que ahora les rodea, como una aureola que no es ciertamente la menor de sus fuerzas. **El invertido, como la mayoría de los anormales del sexo, no lo es por maldad; y nadie que tenga la normalidad de su sexo se dejará contaminar por ellos;** he aquí dos máximas que debemos a la ciencia actual y cuya trascendencia pedagógica no se ocultará a nadie. Y no hay para qué decir que el criterio generoso que de ella se deriva, en nada se opone al ejercicio de una policía, severa, pero seria y humana, de todas las formas del amor extra-natural.

No vamos a detallar otras ventajas, derivadas de cuando hemos dicho, como son la limitación y la mejoría material y moral del problema de la prostitución, que es de esperar que se vea pronto libre del infamante carácter de "institución oficial" que tiene ahora. Pero, en definitiva, todo esto con ser mucho, no representa más que progresos que todavía no han llegado al corazón del problema. Aun, en efecto, no nos hemos acercado todavía a la perfecta solución de estos dos puntos esenciales: **la educación sexual, y los conflictos entre el instinto y el deber,** que vamos a considerar con la mayor brevedad posible.

(1) Bloch cita a España entre los países en que se ha abolido el castigo de la homosexualidad. Ignoramos si la ley se ha reformado así; pero las costumbres policíacas son como las hemos relatado.

(Continuará).

LA ACCION LIBERTARIA EN EL JAPON

Precisamente donde el espíritu tradicionalista, el respeto y sumisión al monarca, descendiente pretendido de la divinidad, desde milenios, ha encontrado su caracterización más profunda y señalada, podría creerse que las influencias viriles del espíritu nuevo encontrarían un muro insalvable; y, sin embargo, es allí donde la fuerza de la acción literaria cobra impulsos desconocidos. Es en el viejo Imperio Japonés, en el Oriente lejano, hasta ayer sospechado para la poesía misteriosa y embriagada de sueños, donde la actuación revolucionaria reivindica la crisis que en Occidente mantiene dormidas todas las esperanzas.

De atenernos a las informaciones del "Laborista Movado", órgano anarquista japonés que se publica en Esperanto, después de una gestación y de una lucha sostenida por espacio de cerca de cinco años en contra de elementos autoritarios, se ha formalizado la Federación Libertaria de Sindicatos de la Región Japonesa.

Las declaraciones principales de la Federación Libertaria son las siguientes:

I.—Encaramos la lucha de clases como la base del movimiento que libertará a los obreros y a los campesinos.

II.—Somos partidarios del movimiento económico ajeno a todos los partidos políticos.

III.—Proclamamos el federalismo libre, según la organización industrial, combatiendo todo centralismo.

IV.—Combatiremos a la invasión imperialista, procurando la unión internacional de la clase trabajadora.

A esta organización de la Región Japonesa adhirieron cuatro federaciones locales, a saber:

Federación Libre de Sindicatos, con 15 ligas obreras y 1 campesina.

F. L. S. de Kansai, con 4 ligas obreras.

Federación de Ligas Obreras de Hiroshima, con 5 ligas obreras y 2 de obreros impresores de Hok-Kaido.

F. L. S. de Kansai, con 4 ligas obreras.

"En resumen, 29 ligas comprendiendo las siguientes profesiones: impresores, gasistas, carpinteros, mecánicos alfareros, jornaleros, campesinos, gomeros y textiles.

De cada Federación Local fueron nombrados dos relatores que organizaron rápidamente, según las bases de la federación industrial y las decisiones del Congreso, 4 comités que apresuraran la organización de una Unión Internacional, esforzándose primeramente en realizar una conferencia de sindicatos partidarios del federalismo libre en el Extremo Oriente." ("Laborista Movado").

A mediados de este año debe haber aparecido "La Federación Libre", órgano que defenderá las aspiraciones enunciadas anteriormente.

Como se ve, mientras en Europa y América la reacción capitalista y autoritaria monta en el caballo de Atila, en Oriente la libertad camina.

Espartaco

Suscripciones a "CLARIDAD"

CHILE

Por un año \$ 5.—

Número suelto „ 0.40

EXTERIOR:

Por un año „ 10.—

Se encuentran a la venta colecciones de los años 1920, 1921, 1922, 1923 y 1924.

Toda correspondencia dirigirse a

Casilla 3323 - Santiago

Lea Ud. TRIBUNA

MARASMO

Estamos en pleno régimen civilista y las cosas van peor que antes. No se necesita buscar opiniones en la extrema izquierda revolucionaria para evidenciar la bancarrota total que experimenta el país; basta leer cualquier periódico burgués para cerciorarse del desbarajuste completo que hoy impera: las finanzas deshechas por estar la hacienda pública en manos de ineptos o de ladrones (no ha faltado alguien que aumente las ediciones de billetes para su propio beneficio, sin recurrir a la falsificación, y usando la maquinaria del propio Estado); como consecuencia de esto se cometen toda clase de gatuperios. (usando los dineros de la sanidad para la adquisición de armamentos, por ejemplo): las relaciones internacionales están desorbitadas que ya apareceremos casi como lo que somos; un pueblo troglodítico incapaz de realizar un acto internacional ciñéndose a los dictados de justicia y ecuanimidad más indispensables, (tenemos perdido nuestro litigio del Norte y Tacna y Aica nos pesan como una joroba); el rodaje administrativo marcha como un Ford de arriendo (los empleados públicos hambreados e impagos, las fuerzas armadas desarrollándose en forma hipertrofica a costa de todos los contribuyentes, la instrucción en sus manos de mediocridades honorables).

Según los buenos periodistas esto se debe al Ministerio que hace con el señor Figueroa (hombre de Club que se dedica al cultivo de la patilla de Reñaca) una obra reaccionaria. Tal vez sea así: pero esto demostraría que todos los partidos políticos—incluso el radical y el demócrata—son cómplices de la ola reaccionaria que nos asfixia, ya que ellos crearon este cacareado régimen civilista en que vivimos, a pesar de ser sostenido por hombres de tanta estabilidad como el señor Gumucio y el señor Labarca.

Según los Pilatos del Congreso, que en cada votación se lavan las manos, todo se debe a que los que mandan son capitalistas; pero que esta cesará como obra de encantamiento cuando impere la dictadura del proletariado—vale decir—que será más eficiente el gobierno de la hojota que el gobierno de la polaina.

CRÍTICAS Y COMENTARIOS

Un hombre afortunado

No se puede negar que Mussolini, creador y director de los camisas negras, esa horda de foragidos que comete sus desmanes y atropellos amparada por la ley, es un hombre hartamente afortunado.

Por tercera o cuarta vez ha tenido la suerte de escapar al intento de liquidarlo para siempre.

Es innegable que si desapareciera este antiguo traidor del socialismo militante, se produciría un trastorno de enormes proyecciones en la vida política de Italia, y de reflejo, en la de otros países sometidos a la férrea bota de la dictadura.

El mismo fascismo, se vería, indudablemente, en duros aprietos para conservar el poder.

Por esto es bien sensible que el autor del atentado haya fracasado en sus honestos propósitos.

Y lo es, además, porque, abortada su laudable tentativa, se ha desencadenado la más furiosa de las represiones contra todos aquellos que hacían oposición a la tiranía del fascismo.

Se ha apresado a los mejores propagandistas—entre otros al viejo y activo Malatesta—, se ha perseguido con ensañamiento a los más significados adversarios del régimen, se ha confiscado los bienes de intelectuales y profesores y se ha restablecido la pena de muerte.

En una palabra, se han puesto en práctica procedimientos dignos de los tiempos bárbaros, para darle una satisfacción al amo y señor de Italia.

Nada se obtendrá, sin embargo, con estas denominaciones. El espíritu de rebeldía, no será por ello destruido, y seguramente más pronto de lo que nosotros esperamos, una mano justiciera

Desgraciadamente no se ve una fuerza—aunque sea embrionaria—destinada a desarrollarse y arrollar en todo este estado de putrefacción gubernamental.

No sabemos si esto se debe a condiciones raciales o a la incultura y la alcoholización del pueblo. Pero es un hecho evidente que no se ve por ningún lado el resurgimiento de un movimiento de miras altas, aunque sean remotas. En todas partes hay un achatamiento colectivo, se vive vegetativamente, preocupados únicamente de la satisfacción de las necesidades nutritivas. No se quiere oír a nadie que hable de cosas bellas y altas: todos tenemos la mirada desconfiada y tímida de la unidad de rebaño para quien se nos acerque o nos insinúe la iniciación de un acto de rebeldía. Sin embargo florecen jestos heroicos aislados, que si se coordinaran o armonizaran fructificarían en posibilidades concretas.

Creemos llegado el momento de intentar nuevamente una acción grande desde abajo, actuando en las entrañas mismas del pueblo.

¿Por qué consiguen mover masas enormes con ese impulso místico ciertas notas religiosas que se desarrollan como la mala yerba en los arrabales?

¿No podrían los libertarios fundir en tres o seis postulados de realización posible un programa de acción popular?

Aunque se vaya al fracaso, siempre será más beneficiosa esta acción que el marasmo inerte en que vivimos.

No faltan motivos de descontento: la mala habitación, los salarios miserables, el alza del vestuario y de los alimentos, las pésimas condiciones de movilización, los impuestos que recorriendo cien eslabones vienen siempre a estrangular únicamente al asalariado, las malas condiciones higiénicas de las industrias, la limitación y el cercenamiento de las libertades públicas, etc., son un puñado de motivos que pueden agrupar grandes fuerzas populares y lanzarlas en un movimiento colectivo que cree la posibilidad de un avenir menos repugnante y vergonzoso que el presente que vivimos.

JUAN MACHUCA

pondrá término al despotismo que tiene aniquilado al pueblo italiano.

Necesidad de actuar

No anticipamos ninguna novedad cuando decimos que el gremio de los empleados particulares es uno de los que sufre con mayor crudeza la explotación del capitalismo.

Por un salario mezquino y miserable tienen que sufrir las peores impertinencias patronales y realizar una labor de diez o doce horas de pesado trabajo.

La ley dictada últimamente a impulsos de la agitación popular, que establece en forma precisa y terminante la jornada de ocho horas, ha sido burlada con descaro por los comerciantes.

Lo mismo han hecho con otra disposición, que les obliga a repartir entre los empleados un pequeño tanto por ciento de las ganancias anuales.

No habrá tres o cuatro casas en la capital que hayan dado cumplimiento a estas prescripciones.

Las quejas y los juicios que por este capítulo algunos empleados han emprendido contra los empleadores, son incontables.

Pero, como estas tramitaciones son largas y engorrosas, creemos que los empleados deben recurrir a otros expedientes que mejor favorezcan sus intereses legítimos.

Mientras mayores sean las armas que se pongan en juego, habrá también mayores probabilidades de ganar la contienda.

A nuestro juicio, los empleados debieran practicar los mismos procedimientos del sindicalismo revolucionario, que aquí como en otras partes han usado tan eficazmente los trabajadores.

A todo patrón que viole los contratos y vulnere los reglamentos, debe—según los casos—aplicársele el boycott o el sabotage hasta arruinarlo o hacerlo desaparecer del tablado de la competencia comercial.

El boycott, es, como ya se sabe, poner en conocimiento del público que en una casa determinada—Castagneto, Grace y Cía., pongamos por caso—se abusa con el personal, se expende mala mercadería, se vende caro, se le quita al peso, etc., razones por las cuales debe abstenerse de hacer en ella sus compras acostumbradas.

Realizando esta obra por medio de una propaganda perseverante y continuada, se puede tener la certeza de que el establecimiento empezará lentamente a declinar hasta verse reducido a una situación de verdadera falencia.

El sabotage es mucho más delicado y eficiente. Consiste en una acción que en la misma industria o casa comercial desarrollan los empleados que han sido víctimas de cualquier abuso o atropello patronal.

Los obreros de otros países lo han empleado siempre con buenos resultados.

Para comprender su importancia y conocer la forma de realizarlo, vamos a indicar algunos ejemplos.

Los embarques que debieran ser remitidos a un pueblo del sur, se envían equivocadamente a un pueblo del norte. De una manera habilidosa la mercadería se destruye o se inutiliza.

Si se trata de un negocio de comestibles, los artículos se alteran y se revuelven a objeto de producir los mayores trastornos posibles en el momento de expendérselos. Los casimires, los tejidos, las sederías, etc., pueden ser sometidos a la acción de ciertos ingredientes químicos para destruirlos fácilmente.

Buscando el elemento necesario, se procederá también contra aquellos que se dedican a la fabricación de muebles, calzado, maquinarias, o explotan otras industrias.

Aparte de estas medidas que obliga a adoptar la tiranía capitalista, hay otras tanto o más convenientes que pueden emplearse si así lo exigen y requieren las circunstancias.

En la Argentina, no hace mucho tiempo, los campesinos ante el peligro de morir de hambre a causa de haber pretendido los hacendados exportar todos los cereales que se habían cosechado, no trepidaron en prenderle fuego a las bodegas y sementeras.

Es cierto que estos son recursos extremos y severos, repudiados por algunos espíritus débiles y sentimentales.

Pero nosotros preguntamos: ¿qué ha de hacer el empleado que durante su vida entera ha sido víctima de la sordida avaricia del capitalismo?

¿Se cruzará de brazos? ¿Irá a reclamar a los famosos Tribunales de Conciliación y Arbitraje, para que en el mejor de los casos lo atiendan mal y concluyan por negarle toda esperanza de justicia?

No; evidentemente, no. Debe defenderse, está en la imperiosa obligación de hacerlo si quiere resguardar su dignidad y no estar expuesto a ser considerado como un esclavo o una vil mercancía.

Y como se trata de una lucha bastante desigual—la legendaria lucha del fuerte contra el débil—justo nos parece que no descuide ninguno de los resortes que en parte lo coloquen a lo menos en igualdad de condiciones con su inhumano adversario.

De ahí que no vacilemos en estimar necesario el uso de los métodos que dejamos enunciados, si los empleados no quieren por más tiempo ser defraudados en sus justas aspiraciones y nobles anhelos.

Jacobo.

¡NO OLVIDARSE!

En calzado no hay quien pueda competir en precios, forma y duración con el que vende la ZAPATERIA

EL SOVIET

de EDUARDO BUNSTER R.

San Diego 658 - Santiago

NOTAS DE ARTE

JUAN PUY Y SU OBRA

El impresionismo ha traído tal cambio en los hábitos de vida como en la técnica de los pintores que desviando de su vida a los jóvenes artistas, parece haberles dado una personalidad nueva, totalmente diferente de la que habrían tenido si no hubieran sido arrastrados por el movimiento de emancipación que ha provocado.

En verdad la transformación ha sido más que todo exterior. Cada uno de ellos ha permanecido mucho más semejante a sí mismo que lo que parece: es el mismo hombre vestido según otra moda. Hacia 1905, en el Salón de Otoño, Matisse ha expuesto algunas de sus obras de los años de colegio, sombreadas, brumosas, secas, y que sin embargo testimonian las

asuntos industriales y comerciales. Su pequeño museo contiene poquísimas obras de arte para que entre la juventud pudiera nacer un gusto decidido por la pintura. Cuando a los diez y nueve años, al salir de la clase de filosofía, recién titulado de bachiller, Juan Puy determinó entrar a la escuela de Bellas Artes de Lyon, lo hizo con la idea de ser arquitecto. Puede decirse que nunca había visto un cuadro. Casi no conocía el arte y la literatura moderna más que por celebridades como la Rire y el Gil Blas, que seguía con gran interés.

Después de pasar un año en el curso preparatorio de la Escuela de Lyon, donde tuvo por compañero a su compatriota Emilio Roustan y a Gabriel Voisin, más apasionado entonces

rrogarse y ver. Había descubierto los impresionistas y cedía al atractivo de su pintura clara y armoniosa, juzgando que limitaban sus motivos y daban poquísimas importancia a los personajes. Además, había medido la distancia que separa un Juan-Pablo Laurens de un Delacroix.

Al aprender a dividir sus tonos y a jugar con los colores claros, había conservado un deseo persistente de precisión. Va a volver a las armonías más sobrias. Durante el verano de 1901, retorna a Bretaña, después toma un descanso en el Roannais. Trae a París, al término de la estación, una serie de telas, astilleros, puertos y reuniones bajo los árboles, laderas de viñedos, escapadas al campo, donde la robustez se concilia con un juego de matices encantador, verdes, sombríos, negros profundos, grises luminosos.

En vez de seguir transponiendo sus paisajes en gamas vivas, se ha esforzado por acercarse



Las alegrías del pleno aire: Juan Puy

mismas cualidades de delicadeza y armonía que se observan en sus obras recientes. Igualmente, los estudios que Juan Puy ha dibujado o pintado, en sus principios, en los talleres que frecuentaba, revelan un sentido del dibujo y del colorido muy cercano al que hoy es el suyo.

En el dibujo, siempre ha tratado de poner en su sitio las figuras logrando la inflexión general que caracteriza la disposición y la actitud. En primer lugar ha estado en guardia contra las convenciones amada por los profesores, y después contra las deformaciones sistemáticas. En cuanto al color ha desconfiado de esa transposición al gris, al terroso y al apagado que preconizaba la enseñanza oficial, tanto como ha resistido al arranque moderno por las tintas planas que tiende a despojar el cuadro de su significación atrevidamente humana y a conducirlo a una dosificación de los medios de expresión excluyendo la inquietud de penetrar profundamente en esas regiones de lo inconsciente y de las aspiraciones indefinidas de donde el individuo saca su fuerza secreta.

Su espíritu con tendencia a lo concreto, siempre ha rehusado ver en el modelo un simple tema o fijarse en una teoría. Absorto en su trabajo, ha experimentado una falta de recursos desde que una violencia se ejerce, sobre él, y siempre que ha sufrido influencias o las ha aceptado voluntariamente, ha sido derrotado y no ha triunfado de la confusión que se había lanzado sino cuando vuelve a sus propios medios.

Apegado a la realidad, no la ama por sí misma; es para él como el puerto que el navío abandona y a donde vuelve, pero que sería un refugio inútil sino debiera escapar para correr a toda la vela bajo el azote del viento y el sol. Se dice que estilizaba. Busca sobre todo poner de acuerdo sus deseos de imaginativo con el instinto que lo lleva a una observación atenta de las cosas visibles.

Juan Puy nació en Roanne, ciudad de amplios barrios, llenos de polvo, que aunque muy antigua, encierra pocas curiosidades. La actividad de sus habitantes se concentra en los

por la música y el arte que por la ciencia y sus aplicaciones, entra al taller del pintor leonés Tony Tollet, donde permanece dos años. Después, renunciando definitivamente a la arquitectura, se establece en París, a fines de 1898.

Varias veces declara no haber tenido otro maestro que Tony Tollet. Allí recibió fecundas indicaciones que despertaron en él el sentimiento del dibujo y lo hicieron comprender que distancia hay entre la copia literal del modelo y una interpretación que, proponiéndose imitar, quiere traducir el movimiento y la vida. Aprendió mucho en ese medio donde se trabaja libremente disutiendo con ardor y donde se instrúa constatando el resultado de los esfuerzos de sus compañeros, algunos de los cuales eran ya pintores diestros, y prestando atención a sus críticas mutuas y a sus juicios. Durante esos dos años, dibuja, después pintó con entusiasmo, progresando rápidamente en el aprendizaje del oficio. La frecuentación del museo de Lyon, uno de los más ricos de Francia, y de exposiciones locales, aumentaba su afición por la pintura y lo ayudaba a darse cuenta de sus preferencias a la vez por el colorido cálido y vibrante y por la composición.

A su partida para París estaba lleno de entusiasmo y de esperanza. Pensaba en los tesoros del Louvre que había visitado durante sus vacaciones. Esperaba sacar un beneficio inapreciable de la enseñanza de los profesores célebres. Desde hacía tiempo se sentía arrastrado al arte de Juan-Pablo Laurens, cuyos grandes cuadros halagaban su inclinación por las evocaciones históricas, fortificada por la lectura de la Leyenda de los Siglos y Salambó. ¡Qué no esperaba de las lecciones del maestro entre cuyos alumnos iba a hacerse inscribir, en la academia Julián!

¡Ay! reinaba allí mucho menos libertad de espíritu que donde Tony Tollet. Las paletas se cargaban de zumos, de betunes. Todo disuadía de la investigación personal. El año que Juan Puy pasó allí habría sido un año perdido si no le hubiera proporcionado el tiempo para inte-

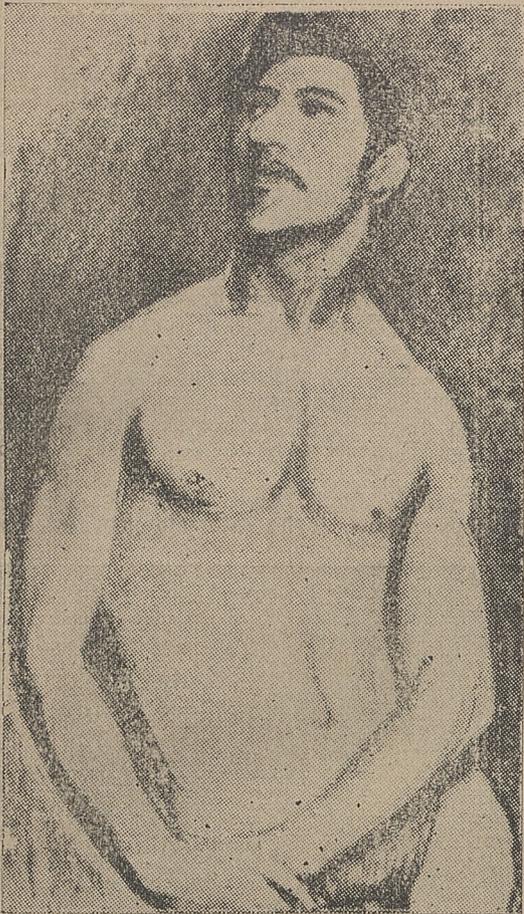


La modelo: Juan Puy

a la realidad. Se diría que ha hallado su manera definitiva, pues en este momento no es comparable a nadie. Pero las búsquedas que se prosiguen en torno de él, lo inquietan y se aplica a simplificar la forma a la vez que el color, a darle a sus figuras una situación más marcada. A veces obtiene por resultado armonías un poco caídas, diestros un poco duros. Se debate así hasta el verano de 1903. Sus envíos a los Independientes (1904: Bosque de pinos; 1905: Mujer en malva) y al Salón de Otoño (1904: Baño; 1905: Puerto de Concarneau), demuestran que ha triunfado de esta agitación que caracteriza la época y que influyen en la voluntad de los artistas. En lo sucesivo seguirá su camino con seguridad.

Pero seguridad no quiere decir certeza. No obedeció más que a su instinto, a su sentimiento y no por eso está menos atormentado en el fondo. Conoce el deseo, el goce de pintar y este goce está para él singularmente mezclado a la pena y a la amargura. Le sucede a veces destruir en una sesión un estudio que parecía acabado o borrar un bosquejo que cualquiera miraría como un cuadro terminado. Cuando se deja llevar por sí mismo, pinta a veces con una facilidad enorme, y él conoce muy bien el valor de la espontaneidad, de la frescura, de la gracia, de lo que se obtiene al primer intento. Pero, por naturaleza, no es inclinado a satisfacerse fácilmente; para que saboree un placer es preciso que lo coja de sorpresa. Hasta sus ocios tiende a corromperlos, añadiéndoles alguna preocupación o alguna tristeza. En las telas que pinta se da cuenta de las partes acertadas, pero es en las insuficiencias donde se detiene. Se tortura para completar, para modificar, para alcanzar más estabilidad, más perfección o plenitud, o para alcanzar la impresión que se había propuesto.

Se mezcla a todo eso una parte de fantasía casi delirante, que Juan Puy se esfuerza por dominar, pero que está dentro de su temperamento. Nunca ha hecho caso de la literatura realista. Se complace poco con Madame Boba-



Estudio: Juan Puy

ry y en cambio se entusiasma con la Tentación de San Antonio. Sus preferencias van hacia la Odisea, Don Quijote, Mr. Pickwick. Es sensible a la vez a la poesía de la vida antigua y a lo cómico en exceso. Una de sus telas, "Al borde del mar", representa completamente el sesgo de su espíritu. Follajes de árboles encuadran un paisaje de agua atrayente por su composición y su encanto luminoso; en el primer plano, un pintor que se asemeja curiosamente al autor del cuadro, trabaja pintando a una mujer desnuda, tendida indolentemente sobre el césped; cerca de la ribera una silueta de bañista en traje de baño toma un andar de satisfacción y libertad y un perro que la sigue se eriza jugando y sorprendiéndose del oleaje. Al encanto del sitio, a la singularidad del asunto se une una impresión semi-cómica que despierta la idea de las fuerzas ignoradas y escondidas en los seres vivos.

Sin duda, en muchas otras páginas, Juan Puy parece interesarse, como algunos lo han hecho notar, por asuntos muy directos. Se da cuenta que no hay arte fuera de una transcripción sólida de la realidad visible. Sin embargo, cuando se propone darla, lo hace escogiendo lo que, en ella, responde a sus aspiraciones. Raramente ha pintado paisajes que sean rincones de naturaleza. Toma un sitio en su aspecto general. Sus asuntos, a pesar de que parecen tomados simplemente del natural, son el fruto de una composición largamente meditada. No se detiene en la exterioridad del objeto o del modelo, penetra en la emoción íntima. Cada uno de sus personajes está individualizado, caracterizado en su psicología y en su estado de alma, se siente flotar en torno de él su sueño familiar.

Juan Puy es él también muy diferente de lo que pudiera parecer a los ojos de los que lo hallan de tarde en tarde. Se le creería alegre y es atormentado. Algunos lo juzgan indolente, cuando no existe en él frivolidad. Ama la risa a condición de que ésta no nazca de observaciones superficiales sino del fondo de las cosas. Se reconcentra en el trabajo y se da a él enteramente. Pone mucho de sí mismo en sus cuadros, en aquellos donde es preciso buscar más que una impresión viva yivamente conseguida. Es por esto que sus cuadros no se revelan más que a la larga. Es por esto también que aquellos cuadros que se ha mirado mucho y con una sostenida atención, no están aún varios de todo lo que contienen y os reservan todavía la sorpresa de un juego de matices el acorde de una resonancia conmovedora.

Miguel Puy.

(Traducido especialmente para "Claridad").

2 CAMPANARIOS A LA ORILLA DEL CIELO POR GERARDO SEGUEL

LA CAIDA DE LAS CAMPANAS

EL ANGELUS DESHOJA LOS CAMPANARIOS

EL HORIZONTE DE MANOS AVIDAS LOS
RECUERDOS SE ALLEGAN A SUS NIDOS

DESPUES

UN CIGARRO AGUJEREANDO LA NOCHE
EL SILENCIO PASA REMANDO ENTRE LOS ARBOLES

8 MESES MADURARON LOS BESOS

MARINEROS CANSADOS ABANDONARON EL DIA
LAS ESTRELLAS PASAN CANTANDO
A LA DERIVA

CHIQUILLA ILUMINADA AL BORDE DEL CREPUSCULO
COLOCANDO ESTRELLAS

MAS ALLA

2 MONJAS CUSTODIANDO SU SONRISA

INCLINACION

ENTONCES CRIABAS ASTROS NUEVOS
CADA DIA DESTROZOS EN EL CIELO
DUERME MI VENTANA PEGADA A UNA
ESTRELLA RECIENTE

FLECHAS

FATIGADAS

SE DUERMEN

EN TUS DEDOS

1 2 4 VIDRIOS Y LOS PARPADOS DE LA NOCHE

INCLINAN EL SUEÑO DANDO VUELTAS LAS

ESTRELLAS

SE RETIRAN LAS PALABRAS DEL LAPIZ POR
LA VENTANA SONRIENTE

ACUDEN LOS NUMEROS SUS DEDOS SOS-
TIENEN LO QUE NO COMPRENDO EL HUMO
DE LAS PALABRAS LOS NOMBRES
AGOTADOS DE DECIRSE SE RECUESTAN
AL BORDE DEL DIA DE MAÑANA

MI VOZ POR AN · NOTICIAS LITERARIAS GEL CRUCHAGA

¡MIRAME EL CORAZON! SOY EL HOMBRE DE LA SOLEDAD;
PERO NADIE HA TENIDO NUNCA MAS ALICANTOS HUMEDOS
NI LLEVO EN LAS ENTRAÑAS UN ROSTRO QUE ERA UNA HERIDA
¡AQUEL ROSTRO QUE AME EN UN HURACAN DE PAJAROS Y DE SOLES!

MI DESAMPARO, AMADA, TIENE UN RUMOR DE ABEJAS
DE LAS MISMAS QUE GIRAN EN TORNO DE TU CABELLERA.

EN EL FONDO DE MI SOLEDAD EL MAR DESATA SUS LEONES
Y EL DIA TIÑE CRISTALES DE MUSICA SOBRE LAS ISLAS.

AMADA, MI ABANDONO TE RECOBRA EN SU ALARIDO.

¡COMO SOLLOZA EN MI LA SUAVIDAD DE TUS OJOS
Y EI. FIRME GOLPE DE TU CORAZON DE HUMO Y DE HELIOTROPO!

MAS ALLA DE LOS MASTILES DEL ULTIMO NAVIO
DESHOJA EL POLO SU ALMENDRO, HONDO DE SOLEDAD.

MAS ALLA DE TI SOLO ESTA LA FLECHA DE TU MIRADA
Y LA OLA DE TU CORAZON QUE VA DE MUNDO A MUNDO.

ERES TAN BELLA QUE TODOS TE LLEVAN EN LOS OJOS.
BAJO UNA LLUVIA DE CENIZA HAGO MORIR MI CUERPO

Y SOLO QUEDA EL CANTO DE MIS PLANETAS EN EL VIENTO
PARA LLEVAR MI CORAZON VOLTEANDO HACIA TU VIDA.

¡COMO ME DUELE EL DARDO QUE NO DURMIO EN TUS HOMBROS
ALLA EN LA SUAVIDAD APRESURADA DE PAJAROS Y DE SUSPIROS!

QUE LA SUAVIDAD DE ESTA HORA ABRA SU VALLE DE INCIENSO
SOBRE TUS SENTIDOS, AMIGA MIA.

EL ANGELUS SE DESHOJA SOBRE LA CRUZ.

La Residencia de Estudiantes de Madrid ha editado el primer número de una publicación cuatrimestral que está destinada a dar cuenta de sus actividades. En la primera entrega de "Residencia" advertimos un propósito nuevo en la edición de revistas españolas: persigue la combinación de la revista intelectual, del más alto y puro valor espiritual, con la informativa. En efecto, los artículos de "Residencia" vienen acompañados de grabados y dibujos que brindan una especial amenidad al conjunto. Este primer número nos ofrece colaboraciones de Azorín, Juan Ramón Jiménez, R. M. Tenreiro, J. Moreno Villa, el Duque de Alba, Herman Keyserling, Howard Carter, G. K. Chesterton, etc. Una magnífica iniciación, en menos palabras. Lo único sensible es que revista de tanta importancia aparezca sólo tres veces por año.

La crítica francesa ha señalado ya a James Joyce, el escritor irlandés autor de "Ulises", un precedente. Se trata de Eduardo Dujardin, simbolista francés, que escribió una novela titulada "Les lauriers sont coupés" (1887). En dicho libro se hallan muchas de las características más destacadas de la obra de Joyce y algunas de las que se creían más desprovistas de antecedentes literarios. El escritor inglés no ha negado las similitudes y ha reconocido a Dujardin como un precursor de su estilo y su visión del arte novelesco.

Américo Castro, el conocido filólogo español que estuvo en Chile hace algunos años, prepara una nueva edición del "Buscón" de Quevedo, sujetándose a un manuscrito inédito del siglo diecisiete. Este manuscrito había permanecido entre los papales que dejó sin publicar, a su muerte, Menéndez y Pelayo y que heredó el discípulo de éste, D. Angel Bonilla y San Martín. El señor Bonilla también murió antes de ocuparse del interesante manuscrito, y por este motivo le toca a Castro el honor de darlo a la publicidad. Dice el filólogo que este manuscrito aclara la casi totalidad de los puntos oscuros de la obra, que habían permanecido esquivos a toda clase de intentos de explicación. Más libre, más irrespetuoso de lo que hasta ahora se le ha gustado, veremos en su nueva edición este libro de Quevedo.

Israel Zangwill, el escritor judío que trató en tantos libros admirables la vida miserable y pintoresca de los "ghettos", ha muerto recientemente en Inglaterra. Británico por su lengua, Zangwill figura entre los más destacados escritores "idisch" por la materia de sus libros. En castellano le hizo conocido su libro "Los hijos del ghetto", editado por Calpe hace algunos años.

Anatolio Lunacharski, ex-comisario en el gobierno soviético, ha publicado hace poco un libro que ha merecido la atención de la crítica europea, principalmente alemana. Se trata de una obra teatral de corte nuevo, con algo de futurismo, que está basada en el Quijote. "Don Quijote libertado" es su título. En la Argentina se prepara una traducción castellana, la primera, de este libro.

Merece ser señalada la publicación del libro de Vicente Huidobro, "Vientos contrarios", sobre el cual la crítica literaria seguramente no dará noticias por razones obvias. Se trata de una obra de un valor definitivo, no sólo desde el punto de vista artístico sino también desde el ideológico. Los pensamientos que en ella podemos leer sobre la vida, la moral, la religión, deberían ser divulgados con la amplitud que merecen. Recomendamos la lectura a los jóvenes y a los que tienen el alma libre de prejuicios y telarañas, seguros de que ellos reconocerán en Huidobro a un hermano.

Se ha constituido en Londres un comité que procura celebrar dignamente, en 1928, el centenario del nacimiento de Tolstoy. Se publicará una edición inglesa de las obras completas del escritor ruso, prologadas por diversos escritores ingleses. Se anuncia que el prefacio de "Ana Karenin" será escrito por Galsworthy y el de "La guerra y la paz" por Wells.

Omega.

EDITORIAL CLARIDAD

Atendiendo a reiteradas e insistentes peticiones de nuestros lectores hemos resuelto editar en un folleto los diversos artículos que sobre el **PROBLEMA SEXUAL** ha publicado en estas columnas el Dr. Juan Gandulfo. En este folleto, que será impreso con todo esmero y cuidado, se insertará también la primera conferencia dictada por el Dr. Gandulfo en el curso de perfeccionamiento de la Asociación de Profesores. Por tratarse de una edición limitada, se ruega hacer los pedidos oportunamente a Casilla 3323 Santiago.—

ARGONAUTA POR ROSAMEL DEL VALLE

EMPEZABA A ANDAR SOBRE EL HORIZONTE
MIRA EL CANTO DEL ARGONAUTA LA SERPENTINA ARDIENDO
TUERZO LAS ASCENSION LEVANTO EL HILO AEREO
EL JARDIN LA CRUZ ECUATORIAL EN EL PACIFICO
MI VOZ CORTA LA FLOR DE LAS HELICES
SEÑALO LA FIESTA DE LOS PUENTES ORDINARIOS
SEÑALO EL VELAMEN LOS PAJAROS ABREN EL TIEMPO JOVEN
DESDE EL ECUADOR LA LINEA
SU SONIDO INMOVIL VERDE
EN EL SUR TU ROSTRO Y EL ALBA MUEVE SUS ANILLOS
LA TORRE TUMBADA FLORECE HACIA EL CIELO
ORION EN EL DIA CORTA EL PAISAJE RAPIDO
DETRAS DE LAS NUBES ALGUIEN VA A CANTAR
YO SOY EL ARGONAUTA MIRA MI CORONA DE PECES
LA RED EN LOS CAMPANARIOS
TRAIGO EL JARDIN POLAR LA ESTACION DE LINO
CANTA MI AVION EN LA MAÑANA GIRA SU ROSA FRIA
EL PERFUME DE NUBE LOS LOBOS CORRIENDO LA NOCHE
SOBRE EL POLO RECIEN FLORECIA LA HELICE DE TU VOZ

NOTAS AL MARGEN DE MUCHOS LIBROS

Un índice spengleriano

Después de los dos gruesos volúmenes de Speagler "Des Untergang des Abendlandes", nos envía desde Berlín un librero el pequeño tomo contentivo de un índice ejemplar de la obra: "Namen-und Sachverzeichnis".

¿Un índice? ¡Ah, un índice habla de relectura, de masticación sostenida, de digestión bibliográfica acabada de un libro monumental!

¿Cuáles son los volúmenes de chevet que diría Laserre, de Spengler? Alguien ha dicho que se trata de un nietzscheano, triturador de ideas y de conceptos, anarquista de normas seculares. Sin embargo, he aquí la *summa* de ese espíritu enciclopédico, cerebro par de ese recio Chamberlain o de ese árduo Keyserling. Sus lecturas no son tantas cuanto bien aprovechadas y sistemáticas: mucho Nietzsche, en verdad; un Goethe familiar; un Kant y un Platón o un Aristóteles frecuentes.

Las lecturas clásicas de Spengler resultan lo más habituales en este índice: Voltaire, Tácito, Shakespeare, Rousseau, Cicerón, Dante, un frecuente Plotino, Lutero, Leibnitz y, entre las modernas referencias continuas, Wagner, Ibsen, para no hablar del solitario de Sils María.

Espero a veces Spengler; sólido, dogmático, procede directamente de un siglo de ciencia y filosofía, que comenzó con Hegel y Schleiermacher; derivó hacia las investigaciones de Max Muller y Strauss, para terminar con los simples eruditos... y con el creacionismo.

Y bien se puede repensar la historia universal, a pesar de Bossuet y Montesquieu, desde un punto de vista cubista, muy siglo veinte y muy actual.

André Gide y "Corydon"

Quien ha seguido a través del movimiento literario francés, de los últimos tres años, todas las incidencias en torno a las frecuentes diatribas de un grupo de novelistas jóvenes contra André Gide, estará en situación de lamentar la publicación del último libro del autor de "El Inmoralista". La aparición de "Corydon" arroja sobre André Gide lodo, lodo, mucho lodo triste, que pudo evitar y, sin embargo, no quiso.

Formosum pastor Corydon ardebat, reza el

verso virgiliano y bajo el auspicio triste de tal nombre, cae en desplome ingrato toda la obra del crítico, amigo de Oscar Wilde.

¿Para qué leer "Corydon" si en ese umbral ha de perecer lo que más pudimos comprender en la amplia libertad de tal espíritu?

¿Qué mucho entonces que en campaña libreril triunfe la mediocridad de un "Anti-Corydon", que ostente, a manera de epigrafe, un sarcasmo de Béraud: "La naturaleza tiene horror de Gide"?

Luego Béraud y los suyos saben ya dónde herir, en el talón, el mismísimo talón, al Aquiles de la "Nouvelle Revue Française". Y todo por el vano capricho de escribir lo que acaso sólo se puede glosar *sotto voce*, *sotto voce*, en la intimidad mezquina del equívoco.

¿Acaso llegue a escribir mañana Gide también el "De Profundis" de una expiación?

Sin embargo, se argüirá: quien haya leído a Bloch y hojeado a Marañón, no puede situarse en el mismo punto de vista para encarar la cuestión tan mal traída y llevada de la inversión sexual. No es posible considerarla según sean mayores las efusiones de simpatía o de antipatía. Al degenerado lo determinan razones profundas, que después de Freud, se comienzan a comprender con menos repugnancia y mayor indulgencia. Esas naturalezas femeninas, destañadas de masculinidad, que casi tocan en el monstruoso hermafroditismo de las viejas devociones helénicas, comienzan a ser objeto de atenciones médico-psicológicas bien interesantes.

Mas, ni con todo el caso de André Gide puede consolarnos o sorprendernos indiferentes. "Corydon" sólo puede leerse con no contenida repugnancia porque no en vano proviene de agueda aguda inteligencia que imaginó las páginas milagrosas de "La sinfonía pastoral".

La Conversión de Max Jacob

¿Por qué razón Max Jacob nos hace pensar en un funámbulo triste? ¿Por qué? Tal vez porque su cara de lunático envejecido recuerda, acaso, todas las miserias sufridas en el silencio que precede a la revelación y al éxito.

Federico Lefèvre en su *Hora con...* ha podido descorrer el velo de esa vida, que tiene toda

la intimidad y toda la tragedia de la farándula pobre.

Oigamos: Un día Max Jacob sentó plaza de preceptor, y luego fué secretario de cierto abogado, organizador de exposiciones, empleado en cierto negocio hasta caer, caer ¿en qué, pensaréis?; pues en barredor. Sí, en el menos laforguiano barredor de las calles de París, que se miraba "sus dos manos incapaces de saber manejar una escoba"...

¡También Dostoievski supo, en Siberia, de los necesarios menesteres que obligan a manejar una escoba!

Una noche, cualquiera de esas plateadas noches del París de Otoño, acaso Max Jacob, merodeó por los bulevares barriendo los papeles impresos, algunos de esos papeles que le permitieron leer, como a Cervantes, la página carnal de un maestro, que despertó la comezón de un libro futuro.

También una noche, una de sus noches de barredor, miró hacia arriba en el barrio de Saint-Antoine, y encontró los ojos de un amor imposible, el amor que tanto le hizo llorar en su buhardilla del boulevard Barbés.

Sólo así se siente todo el dolor de esa cara de funámbulo triste, que en vano busca la pila bendita de la iglesia donde recibir el óleo del bautizo cristiano.

¿Aún contra Bello?

¿También don Andrés Bello tendrá que obrar el milagro del Cid, es decir ganar batallas después de muerto?

Porque cierto ligero comentarista suramericano le niega la sal y el agua, llegando hasta decir que Dozy ahorra la lectura de muchas páginas suyas.

He ahí el error, que irónicamente condenará las escasas luces del iconoclasta, quien acaso piensa con Balzac que escribir significa afirmar: casualmente Dozy incurrió en el deplorable defecto de utilizar a Bello olvidándose de citarlo.

Por lo demás, ahora que ha corrido tanta agua bajo los puentes de la filología (esto lo sabe bien Menéndez, Pidal, Lenz, Américo Castro) toca admirar aún la reconstrucción paleográfica del Poema del Cid, en la cual se vió que don Andrés tenía razón en casi todas las correcciones que propuso.

El humanismo de Bello fué un caso ejemplar de genialidad en su época. ¿Qué su Gramática es poco pedagógica, porque no separó siquiera la Analogía de la Sintaxis?

¿Que su traducción del "Orlando" merece algunos reparos?

¿Acaso no sería Aristóteles también vergonzosamente aventajado en conocimientos iniciales por cualquier escolar intonso de hoy? Lo cual no bastaría para probar que el Estagirita era un aprendiz de filósofo.

La Edad Media... oscura y restaurada

Hace algunos años: a raíz de la publicación de un libro nuestro y glosando cierto estudio consagrado al melancólico Novalis, nos escribía Max Nordau: "¿Usted defiende la Edad Media? Hombre liberal, hombre libre, nietzscheano impenitente."

Nos traicionaba, ante el implacable autor de "Entartung" el verso de Verlaine, "Le Moyen Age énorme et délicat", que apadrinaba las páginas nuestras.

Después hemos leído a Fierre Champion y hemos pensado en Max Nordau, una vez más. Su Francois Villon nos ayudó y sus notas a la "Juana de Arco" de Anatole France nos guió. ¡Hé ahí toda la Edad Media! Los Minnesinger; Dante; Hans Sachs; el humanismo puro; las escuelas eruditas y las Universidades, París, Bolonia; el Renacimiento; las literaturas occidentales; la escolástica; Alberto de Sajonia; el gusto por Lucano y por Horacio; la difusión de Aristóteles y Platón; los árabes y los judíos!

Verlaine, Bloy, Claudel: ¿Acaso las razones de arte no suelen ser las razones eternas?

Y aún algo más: "La Edad Media y Nosotros", de Landberg, cuya "Academia Platónica" resulta una novedad retrospectiva... desde el punto de vista del reino tomismo, que diría un trdesco, y del San Agustín de "La Ciudad de Dios".

Armando Donoso.

LA CULTURA FRENTE A LA UNIVERSIDAD

Carlos Sánchez Viamonte, universitario argentino, valiente y entero siempre frente a la rutinaria tradicionalidad docente de los círculos bonaerenses, debe contarse entre esos tres o cuatro valores americanos que sitúan nombres como los de Vasconcellos o el malogrado Elmore, en el plano de esa nueva América que no debe tardar en imponerse.

Publicamos ahora esta página vibrante del conocido profesor platense independiente y estimulador de concepciones enteramente nuevas, saludables para cuantos en este país viven atados aún a lo que se pensó y se hizo en 1879!...

Hace ya algunos años que los hombres nuevos de América, comenzaron a ponerse en contacto, a estrechar vínculos de comprensión intelectual y sentimental y a concertar programas de acción que la perplejidad de la hora relegada a un futuro impreciso y lejano.

En el transcurso de estos años se ha realizado—es cierto—la única obra seria de aproximación entre los pueblos de América Latina, hasta hace muy poco aislados y recelosos cuando no recíprocamente hostiles; pero los adolescentes de ayer son hombres hoy y, sin embargo, los programas de entonces siguen siendo, todavía, vagas perspectivas filosóficas, políticas, sociales o literarias, sin que la urgencia de la realización perturbe la placidez de los ensueños largamente planeados, pródigamente explicados y armoniosamente proclamados a todos los vientos.

Cuando en el año 18 de este siglo se produjo la irrupción juvenil, teníamos el derecho de rechazar, por maligna, toda interrogación acerca de los propósitos o de las tendencias que orientaban el impulso y precisaban su finalidad. Evidentemente, hubiera sido prematura la respuesta que no intentó siquiera el balbuceo de la intuición, apagado mil veces por el grito apremiante y heroico de la lucha, pero nos vamos acercando a la terminación del segundo lustro y se aproxima la hora de responder.

Bien está la progresiva consolidación de los vínculos fraternales que nos unen a todos los hombres de la América nueva. Bien está la protesta calurosa y arrogante — pero lúcida al fin — contra la torpe concupiscencia de los tiranos, y bien está, por último, la resistencia perseverante y enérgica que oponemos a la glotonía imperialista de yanquilandia; pero todo eso no basta. Es necesario que orientemos positivamente nuestro esfuerzo hacia algo, en favor de algo.

Ir contra la dictadura y el imperialismo no constituye un verdadero programa de acción. Es preciso que no confundamos. Ambas actitudes son únicamente, "reacción, contra la acción reactiva que otros intentan; breves desvíos laterales de significación secundaria".

Hay quien opina que, en el combate, la mejor táctica para la defensa es la ofensiva y se podría glosar la afirmación, diciendo que, en la lucha perenne de lo nuevo contra lo viejo, la mejor manera de destruir consiste en crear.

Por otra parte, no en todos los pueblos de América asumen formas ostensibles los peligros del imperialismo y de la dictadura, de suerte que ambos serían, por mucho tiempo, un estímulo débil y escaso, incapaz de congregar a la nueva generación y de conducir su actividad.

La lucha contra la dictadura y el imperialismo son, por el momento, el reverso inevitable, ineludible de la medalla; pero sólo el reverso más fáctil que el anverso porque no es iniciativa nuestra, porque no nace de nosotros mismos, porque no lo proyecta nuestro propio espíritu, porque no lo modela la inspiración creadora de nuestras propias manos. Conviene que vayamos advirtiendo que corremos el riesgo de adquirir el hábito estéril de la actitud defensiva y protestante y, como consecuencia, de caer en el vicio hereditario de la declamación.

Profundizando el análisis llegaríamos talvez a la convicción de que el peligro de la dictadura proviene de la naturaleza individualista del Estado y de su defectuosa organización democrática que hace del número el árbitro de todo, y que el peligro del imperialismo proviene del régimen económico liberal—capitalista, que hace posible hasta lícito el abuso de los fuertes, que utilizan en su particular provecho la riqueza social. Y esta convicción nos llevaría a procurar la solución de ambos problemas fundamentales; los otros serían resueltos por añadidura, como dice la Biblia.

Es indispensable que comencemos a trabajar positivamente en la realización, de una obra común, reclamada ya, de un modo concreto por el espíritu del siglo y conviene que vayamos abandonando las posturas románticas persuadidos de que el idealismo no reside en la gallardía de los gestos, en la sonoridad de las palabras, ni en la elegancia refinada de las doctrinas estéticas, sino en la labor abnegada y paciente de todos los días.

Recordando que el primer estallido se produjo en los claustros universitarios, correspondería en primer término, y como primera etapa, dirigir nuestra acción conjunta y coordinada hacia la orientación de la cultura, que indebidamente detenta la Universidad oficial.

Fruto genuino del Estado individualista y de la intriga política, la Universidad latinoamericana sigue siendo, a pesar de la Reforma triunfante en apariencia, nada más que una venerable y vetusta mistificación, especialmente en aquellas disciplinas que trascienden la vida social y que pretenden regir sus aspectos políticos, jurídicos y económicos.

Si no vacilamos en hablar con absoluta franqueza, forzoso nos será reconocer que casi todo el problema cultural planteado por la reforma universitaria finca en la orientación y en el carácter de la enseñanza de las ciencias jurídicas, sociales y económicas, de las cuales se irradia todo el dinamismo de la renovación.

Hasta ahora hemos luchado con resultados precarios—debemos reconocerlo sin ambages—por reformar las universidades oficiales, y es cosa de pensar si vale la pena esforzarnos en renovar estas instituciones caducas sin espíritu ya, y sin otro porvenir probablemente, que el de fabricar profesionales urgidos por afán de lucro, con exclusión total del afán de cultura.

Debemos crear la Universidad Libre

Sin renunciar del todo a la reforma de las universidades oficiales, inyectándoles siempre que podamos la savia efervescente de la vida nueva, deberíamos crear la nueva universidad o, mejor dicho, restaurar la más antigua universidad conocida, la universidad libre, orientada y dirigida por verdaderos maestros, en las que vuelva a haber maestros—no profesores rentados—y en las que vuelva a haber discípulos—no alumnos ansiosos de obtener un título profesional.

Alguna vez he pensado que si reapareciera en este siglo y entre nosotros un discípulo de Pitágoras o de Platón, se quedaría sin comprender este nuestro empeño de convertir las escuelas profesionales del Estado en emporios de cultura superior, y se preguntaría, estupefacto, por qué aceptamos la imposición de profesores oficiales del escalafón administrativo domesticados y traídos por el corral de la mentalidad gubernativa y de los intereses gubernativos, cuando podríamos escoger, libremente, a los maestros a los que enseñaran desinteresado y noblemente, sin someter su verdad fecunda y alta al control presuntuoso de graves académicos conservadores, parapetados en la rígida comocidad de su solemne gesto magistral.

La desprofesionalización de la enseñanza oficial universitaria es un imposible, y quizás, un absurdo. Mi experiencia de alumno y de profesor me autoriza a declarar que el noventa por ciento de los estudiantes sólo se interesa por la obtención del título profesional, sin adquirir más que un simple barniz de cultura, indispensable para el mantenimiento del decoro universitario; como, asimismo, que el diez por ciento restante se distingue y se destaca luego por lo que ha estudiado y aprendido fuera de la universidad.

La Universidad oficial es solo un organismo de mocrático

Si la universidad oficial no es capaz de reformarse, fijémosle, de una vez por todas, su papel de organismo burocrático, expedidor de diplomas, y su unción de impartir el conocimiento técnico necesario para ejercer profesiones u oficios, y en lugar de perder nuestro esfuerzo procurando reformarla, creemos otro organismo espontáneo y desinteresado, que nazca de nuestra iniciativa cordial, que reciba el calor de nuestra sangre joven, que lleve el sello de nuestra espiritualidad y que ponga a prueba, en esta hora histórica, la verdadera eficacia de nuestro dinamismo renovador y constructivo.

Ninguna acción es más fecunda en sugerencias y enseñanzas que la realizada cooperativa y solidariamente por un esfuerzo común, producto de afinidad selectiva, y tendiente a una finalidad común, por encima de los intereses particulares inmediatos. El esfuerzo popular espontáneamente concertado tonifica, depura y fortalece la conciencia social, y debemos buscar en él la influencia saludable que nos haga abandonar definitivamente la tradicional obstinación —también hereditaria—de pedir todo al gobierno de exgirlo todo del gobierno, de echar al gobierno la culpa de todo.

La universidad libre forjará hombres

Dejamos librada a las universidades oficiales la tarea de formar ingenieros, médicos, abogados, etc., más disputémosles de frente la altísima misión de formar hombres, de formar verdaderos hombres. Dejemos a las universidades oficiales la tarea pedestre y exigua de enseñar la ley, más disputémosles la misión de rectificarla en nombre de la justicia sin contemplar los intereses creados que traban el libre juego de la voluntad social. Dejemos a las universidades oficiales el triste privilegio de enseñar la ética en los libros, más disputémosles la misión de enseñarla en la vida, en el amplio escenario de la vida. Dejémosla impartir el saber, dosificado y lastrado burguesamente, más disputémosles la orientación de la cultura puesta al servicio de la sociedad y penetrando su íntimo sentido. Dejémosles la multitud anónima, dispuesta de antemano a marcar el paso, con la renuncia anticipada de su personalidad, más disputémosles los altos espíritus y los grandes caracteres. Dejémosles la masa amorfa de los inscriptos por obligación y por interés, más disputémosles, por último, a todos los que busquen un ambiente homogéneo de labor cordial, de solidaridad activa y efectiva, y de fecundo amor.

Que sea ese el anverso de nuestra medalla. Emancipémonos de la tutela burocrática y construyamos con nuestras manos nuestro propio hogar espiritual si no queremos ser los obreros forjadores de un nuevo ciclo de cultura.

El dilema es terminante, perentorio: o estamos llamados a orientar, creando, o nos conformamos con ir a la zaga de los que nos preceden, simulando nuestra impotencia bajo el rezongo de comadres, que será pronto nuestra inútil protesta.

Por ahora, enarbólemos el estandarte de la cultura frente a la Universidad y contra la Uniformidad. La dictadura y el imperialismo huirán a nuestro paso como dos sombras.

ROSA DE LOS VIENTOS

Don Enrique Molina y el arte joven

A la fuerza lo hacen acordarse a uno del cuento de los viejos que fueron a conocer al elefante.

Llega el ciudadano don Enrique Molina y le topa una pata al arte nuevo y queda creyendo que es simplemente un poste y enseguida en el mejor de los mundos: da una conferencia en cualquier parte, come y digiere sin mayor novedad y la satisfacción del deber cumplido.

Más allacito el tembloroso Hernán Díaz Arrieta, pilla orinando al elefante y cree que se parece a una llave de agua que es necesario cerrar antes que se salga toda.

Pobre "Alone" y pobre apóstol de la democracia latinoamericanista.

Claro. No es lo mismo hablar de arte, que enseñarles gramática a los chiquillos de Concepción o prestarse para cualquier comisión de Gobierno o tamborearle a los múltiples gobiernos militares de la lejana República de Chile.

"El Derecho de Matar"

Allá por Bolivia, Serafín del Mar y Magda Portal publican su libro "El Derecho de Matar". Saludamos en los admirables carteles de estos compañeros, perseguidos por el Mussolini Leguía en el Perú y ahora arrojados nuevamente de Bolivia.

Desde allá nos llegan palabras anarquistas de estos poetas entusiastas y sin medida.

Si en esas tierras no los quieren, que no piensen que aquí estamos siquiera algo mejor.

Aquí también hay tiranuelos empaquetados en sus caprichos, también hay literatos arrastrados y además críticos tontos como cajones.

Mario Castillo.

Próximamente aparecerá:

2 Campanarios a la Orilla del Cielo
Poemas de Gerardo Seguel

LA HIPERBOLE INTELLECTUALISTA

Obreros intelectuales y obreros manuales

Es moda lamentable la de distinguir con vocablos fuera de uso y también de todo sentido real, ciertas ocupaciones o determinadas preferencias personales. Está en boga actualmente la palabra **intelectual** aplicada a literatos, publicistas, hombres de estudio, etc. Tan bien ha sentado a los favorecidos aquel dictado, que hasta periodistas de la más modesta condición, hombres que se precian de demócratas, de socialistas y aún de anarquistas, se llaman a sí mismos o se dejan llamar, con no disimulada complacencia, **intelectuales**. Piénsenlo o no, establecen de este modo novísima e injustificada diferencia social; crean una nueva casta, modernizando el detestable pasado; propenden a instituir nueva idolatría en estos tiempos de fermento igualitario de costumbres democráticas, de total derrumbamiento de todos los altares.

Aparte la falta de sentido y hasta la incorrección de la palabreja, ¿a título de qué ha de ser distinguido cualquier hombre por consagrarse a trabajos más o menos dependientes del ejercicio de las facultades mentales? ¿Existe alguna línea divisoria para las tareas puramente intelectuales y puramente manuales? ¿No es, por el contrario, el trabajo una gradación insensible de lo menos cerebral a lo más cerebral, sin que en ningún caso quede de todo excluida cualquiera de las dos formas de la actividad humana. La aristocracia del talento parece asomar tras ese vocablo altisonante que debieran aborrecer todos los hombres de verdadero mérito.

El individuo que no hiciera más que pensar, sentir, sumirse en la contemplación de la belleza o en los arcanos de la ciencia, sería poco menos que inútil a la sociedad en que viviera. Sería un fenómeno, un aborto, y no tendría, en verdad, de qué envanecerse. Inteligencia pura, como si dijéramos, espíritu puro; cerebro sin músculos y órganos que lo sustentan, sin nervios y sin materia que le dé plasticidad y vida: he ahí tal vez la soberbia idea que de sí mismos se forjan aquellos a quienes place el dictado de intelectuales. Y, sin embargo, ellos saben bien que un hombre, no en esas condiciones, sino simplemente en las del ejercicio cerebral excesivo, no puede ser más que un desequilibrado, un enfermo, y que sólo por raro caso brotan los genios, los sabios, los artistas, los que llegan a las cumbres más elevadas del pensamiento y de la belleza. Saben bien que no hay trabajo exclusivamente intelectual como no lo hay exclusivamente material: que, más o menos, escritores, artistas y sabios trabajan manualmente con la pluma, con la paleta, con el buril, con el instrumento de investigación, con la herramienta de operaciones.

¿No es en realidad petulancia de mal gusto esta exageración del intelectualismo, y perdónese la palabra?

En el fondo de la cuestión alienta profundo desprecio por el trabajo eminentemente útil. No son ciertos pretendidos obreros intelectuales de la madera de aquellos que entonan himnos gloriosísimos a la industria del hombre; no son de la cepa de los que escriben "Germinal" y "Trabajo"; no son de los que desde la altura de un Fourier tienden la mano amiga al desdichado pecero para mostrarlos a la sociedad como uno de sus miembros más útiles.

Quiérese la distinción bien marcada entre la semi holganza de una parte de las clases directoras (literatos, artistas, etcétera) y la durísima labor diaria de la multitud. Y como si para labrar una piedra, echar unas medias suelas o forjar una pieza cualquiera de hierro no fuera necesario aguzar el entendimiento, pensar y discutir y hasta sentir la parte bella de la obra, trázase fuerte divisoria entre los llamados obreros manuales y los pretendidos obreros de la inteligencia. Si se nos observa que el llamado obrero manual apenas perfecciona sus obras y se nos habla del automatismo de sus funciones productoras, recordaremos que es la ley de la concurrencia en que vivimos la que le obliga a producir mecánicamente atendiendo más a la cantidad que a la calidad. Y recordaremos también que en las tareas del escritor y del artista no falta, sino que entra, por mucho, ese mismo

automatismo que, a ser sinceros, confesarían los más de los intelectuales.

Asalariados siempre aquéllos, asalariados muchas veces éstos tienen ambos en realidad comunes intereses; necesidades, sino iguales, análogas. Los sentimientos y las ideas los dividen, que no la naturaleza de sus ocupaciones.

Cierto que el pueblo tiene ojeriza a los señoritos, que el obrero del taller y el obrero del campo odian al obrero de mostrador o de escritorio, odia colectivamente a los que se llaman clases acomodadas. Mas, ¿no desprecian éstos a aquéllos? ¿No hay entre dichas clases acomodadas, sean no intelectuales, desdén arraigadísimo para la blusa, para el trabajo? Desde el más humilde especiero, desde el más almibarado hortera hasta el más conspicuo, burgués todos sienten menosprecio, no disimulado, por el pobre jornalero. Los mismos que hacen la corte, desde las columnas del periódico o las páginas del libro, a las clases trabajadoras, ¿no participan en su mayoría de tal desdén? ¿Es menester hablar el lenguaje de la sinceridad. ¿Cuántos no se sentirían molestos, casi deshonrados, si en la vía pública les detuviera uno de esos desaharrados a quienes dicen defender!

Todo ello tiene explicación en el antagonismo de los intereses. No somos solidarios en el convivir; menos lo somos en el trabajo y en los goces de los frutos del trabajo. Por otra parte, la mayoría de las gentes ilustradas sigue considerando el trabajo como una maldición, como una mancha. Y no son los denominados intelectuales los que menos participan de esta detestable opinión, aún cuando no la confiesen.

Mas, a pesar de todo, los sentimientos e ideas populares, no cabe negarlo, van francamente hacia la fusión de las clases. Prescindiendo de la influencia del socialismo y la de su propagandistas, el pueblo en general tiende a borrar toda distinción y aspira a la igualdad por la elevación de las condiciones y el desarrollo de la inteligencia. Lo que queda contrario a esta tendencia, ya lo hemos dicho, es fruto de la oposición de los intereses.

¿Puede decirse lo mismo de los sentimientos e ideas de los intelectuales?

Creemos que no. Lo prueba su mismo afán por nuevas distinciones. Cualesquiera que sea su profesión de fe, arcaica o progresiva, no ven en el pueblo sino al inferior a quien tienen el derecho de dirigir. Teóricamente afirmarán los mayores atrevimientos, pero revelarán a seguida que no se sienten ni se piensan iguales ni aún al culto obrero que sabe algo más que el mecanismo de su arte o industria. Pocos serían capaces de la exclamación de Proudhon cuando su editor se disculpaba por haberle confundido con el fumiste: "¡También yo soy hombre de oficio!"

De estas consideraciones generales no se deduce, por cierto, que no haya hombres de inteligencia, artistas de valía que se sientan iguales a los demás hombres, y pongan al servicio del pueblo sus talentos. Pero éstos no se pagan de hiperbólicos dictados ni persiguen el éxito ruidoso o sienten el aguijón de conquistar renombre y trepar a las más altas posiciones. Son más modestos, precisamente porque valen más.

Pretenden aquéllos que los trabajadores que se ocupan de su emancipación se lo deben todo y, no obstante, menosprecian y rechazan su curso. Ni es cierto lo uno ni lo es lo otro.

Precisamente son los militantes del socialismo, genéricamente hablando, los que con más ahínco propagan entre el pueblo ideas contrarias a toda diferencia entre obreros intelectuales y obreros manuales. Para los socialistas no hay más que asalariados de un lado, cualquiera que sea su profesión, y explotadores de otro. Son, por tanto, compañeros todos los asalariados, primero por la comunidad de intereses, después por la solidaridad de opiniones. Frente al proletario, los burgueses (capitalistas, gobernantes, legisladores, etc.), son, para el obrero socialista, el enemigo. Y aun si el burgués comparte las opiniones y los sentimientos del obrero, no es la lucha de clases ni la doctrina social obstáculo para que el burgués sea bien acogido. Sobre todo los anarquistas declaran continuamente que la emancipación será obra de los hombres de buena voluntad.

Prueba de que no rechaza el socialismo a los llamados obreros de la inteligencia es el gran número de literatos, publicistas, artistas y pensadores que militan tanto en el campo del socialismo autoritario como en el del socialismo anarquista. Hombres de posición social figuran asimismo en ambos partidos y gozan unos y otros de la estimación de los trabajadores del taller y del terruño.

Es evidente, por otra parte, que las clases populares tienen para los hombres de talento que han trabajado o trabajan por ellas, reconocimiento muy vivo. Tal vez se los reverencia demasiado. Por que, en fin de cuentas, es indigno que en cuestiones de justicia y de humanidad debidas, se aplique la teneduría de libros y se pretenda cobrar réditos. Cuando decimos que un hombre lucha y se sacrifica por el pueblo, haríamos bien en decir que lucha y se sacrifica por la equidad. Simplemente esto y nada más. Así no habría quien se proclamara acreedor perpetuo del pueblo, olvidando que el pueblo es quien hace los grandes hombres, quien los encumbra, quien los glorifica.

Y aun sin esta consideración pudiera decirse a los intelectuales que tal hablan, que no se conocen ni siquiera superficialmente el movimiento obrero moderno. Podrá estar el punto de partida del socialismo en Fourier, Cabet, Proudhon, Marx, Bakunin, etc., pero la inmensa labor socialista que da ahora tan prodigiosos frutos, débese a las masas obreras, ignorantes de filosofías trascendentales y de complicados economismos. Es el resultado de su espíritu práctico unido a sus maravillosas intuiciones de la verdad y del bien. De las obras de aquellos pensadores, uno por mil de los obreros militantes conocerán algunas, no la totalidad de ellas. Aun los mismos periodistas y oradores del socialismo es seguro que no las conozcan todas. De modo que el trabajo realizado por las innumerables asociaciones políticas y de resistencia en que se agrupan los obreros, débese, no a los intelectuales de nuestros días, no tampoco a aquellos hombres eminentes que grabaron en sus libros inmortales los principios del socialismo, sino, lo repetimos, a los propios obreros que experimentalmente han ido dándose una doctrina y una organización. Que el alma de los grandes pensadores del socialismo está en ellos, ¡quién lo duda!

¿Qué debe, pues, los obreros socialistas a los intelectuales, cuando son éstos los que empiezan ahora a ir a remolque de aquéllos? Las mismas leyes protectoras que han promulgado algunos Estados, ciertas campañas de la prensa, ¿qué son sino la resultante de la gran presión ejercida sobre todos por las organizaciones obreras? En cambio pudieran decir los obreros que deben a los intelectuales, en Francia, las llamadas leyes malvadas; en España y Portugal, las leyes excepcionales contra los anarquistas; en Italia el domicilio coatto. ¿No fueron la resultantes de inicuas campañas en que se perdió toda noción de justicia y de humanidad?

Acérquense al obrero sin aires de dómine, y el obrero los acogerá con aplauso. Lo que ocurre frecuentemente es que los señores intelectuales no toleran que se les discuta; pretenden que se les escuche y se les siga sin crítica; pero el obrero, que no está para aguantar tan molestas moscas, se las sacude rudamente y prosigue su camino. Sobre las ruinas de todas las aristocracias no consentirá que se alce la aristocracia de la pluma.

Si hay hombres de fé sincera en el porvenir entre los que se llaman intelectuales—que sí los habrá—, que trabajen generosamente por lo que crean justo sin exigir que nadie se les someta, ni tolerar ningún género de sumisión y mucho menos demandar gratitudes, no solo discutibles, sino también inadmisibles. Esto es lo honrado.

Es absurda la distinción de obreros intelectuales y obreros manuales. Todo hombre tiene necesidad y debe trabajar de una manera útil para sí y para sus semejantes. En la realización del trabajo no hay más que iguales: productores. El que no produce es un zángano. Que saque la consecuencia quien quiera.

La hipóbole intelectualista, a más de ridícula, es indigna de hombres que se estimen. El talento no necesita heraldos ni mote. Una virtud sencilla y modesta vale más que todos los ditirambos de la sabiduría cursi. Seamos sencilla y modestamente virtuosos.

PEQUEÑAS LARVAS

¡Un sandwich!

Los beodos, recostados como sacos llenos, estúpidos, sombríos, gestando un friso siniestro, quitaron la visión de cristal de los vasos goteados de licores y clavaron su inquietud felina en el torbellino histérico del minuto, sobre la cara de Jorge Durán, que pedía un sandwich, con la misma tonalidad medioeval del patrón...

Jorge analiza, piensa, escupe en el humo del cigarrillo y dispara literatura moscovita, sobre los ex-hombres de Gorky. Allá en un rincón, corbatas rotas, periódicos bajo el brazo y el orgánico sentimental runrunea sobre la mesa: "la dictadura proletaria jamás", "Lenín ha traicionado a la clase obrera." Bostezaron. Leen. Leonard Frank dibuja una sonrisa de seda, a través de un manifiesto: "El hombre es bueno".

Y Jorge, quiere beber en el samovar Siberiano de esos soñadores y se acerca y habla:

"He oído decir: "dictadura", "libertad específica", "Stirner", "La estrella polar"... Sí, amigos, música clásica, la misma de ayer, industrializada ahora, por el conde Zeppelin ¿Estáis locos? La vida, decidme, ¿creéis vosotros que estáis haciendo vuestra vida? Pensáis: fábricas azules, paros de poleas, el sindicato cambiará esta tarde medias de seda por cachimbos al canapé, mil obreros del cantón en automóviles, irá a jugar tennis, con el cantón pelotas de foot-ball. Nada, amigos, puro sueño, humo inglés, con tabaco de Sempere y Cía. Oídme:

Fui anarquista. Redacté panfletos. Vacíe la nuez de mi pistola sobre los groom de la Caja Hipotecaria. Y un día leo a Nietzsche y se cae mi corazón, con esa barra de hielo. Leo después a Dostoyewky y me derrito; pero el agua entonces desprendió fibras sanguinolentas; fibras sanguinolentas y lloré como un niño, porque vox populi, me dió ácido nítrico, en un desfile a Don Arturo Alessandri. Y bajo estos dos dinámicos cuento las monedas de mi bolsillo: migas de pan y un boleto de agencia que decía: Juan Luis Sanfuentes (tuve vergüenza poner mi propio nombre y busqué el de un agenciero ilustre). Por una ventanilla de mis calzados había entrado un riesgo y un gesto amargo, como una estalactita, corría de mis labios a la pequeña herida... Eso era yo. Robespierre, sobre el tablador de las plazas. Mi alma tenía canciones de Wagner. El gesto pirotécnico de Mussolini, lo encendía el bandoleón erótico del revolucionarismo con partituras líricas; pero mi cultura se caía a pedazos. Tuve torpezas estúpidas al mover la Underwood y al girar la Morse, multiplicaba cadáveres, en vez de libras esterlinas... Kropotkine, Malatesta, Tolstoy, se caían a pedazos a mis pies, sólo divisaba a Kaiser Nietzsche, con Zaratustra bajo el brazo y los ejércitos barriendo las fábricas y salpicando de sangre las plazas para preparar la revolución: asesinando, para que las banderas salieran de los charcos

de sangre teñidas de rojo, rojo al vivo. Ah! era un miserable, el más ruín, el más despreciado. Pasó una cocotte y me dijo: ¡túl, le contesté: ¿qué deseas? y me disparó un concho turbio de vino: miserable, como te atreves... a mí... una dama... Así era en verdad: un eunuco del placer. Y entonces dí a Præschle y Talfelmayer: nociones de aritmética. Un tratado de inglés y leía en las noches, de día, cosía calzado en las máquinas y estaquillaba versos, con mi voz limaba, abriéndome las ventanas al San Cristóbal... Rompí los libros de filosofía y sólo recordaba las últimas páginas de un elegante magazine. ¡Ah! a ver si recuerdo ¿qué es la Tierra? La Tierra es un esferoide pequeño, que por un accidente de evolución del cosmos, engendró seres: gusanos, hombres, ratas. Pero esa misma evolución se enfriará y se derrumbará. He aquí un curso rápido de ciencia. Somos átomos insignificantes, accidentes de una evolución de cosmos, cruzamos el charco como aereolito y desaperecemos, bajo una loza o cuarenta paladas de tierra. Las moléculas desenvuelven su función de transformación de la materia. Se sabe que el fevol y el indol envejecen las células, lo sabe Metchnicoff y muere estudiando su perenne juventud y Carrer morirá en breve. Voronoff quiere parcharnos y Platón crea una República y Enrique George reparte la felicidad en parcelas de tierras fecundas, en jardines cuadrados, uno para cada hombre...

Y claudiqué, a bordo de este nuevo transatlántico burgués. Vendí carne de conejo en latas, y en envases de cristales. Aceite en botellas pequeñas, que sumadas, formaban una alcuza. Creaciones miras, como Madelaine, viste desde París, a las cocotte de la calle de Huérfanos, yo, aplicaba, nuevas tonalidades y gracia, a la mercancía envuelta en papel toilet.

¿Hoy? tengo un Lincoln cuyo plano me importa tres mil dólares. Los libreros me envían sus ediciones papel couché. Danzo con Miss, esposa del encargado de negocios de Ha-o-lin, y me dirán, nuestra en los atardeceres, el perfume de veinte manos enojadas, que crisperon en beso sublime, un bortellino de caricias, una languidez musical, no borrando al portador los cheques, para que sus esposos los depositaran en su cuenta corriente.

Y en vez de darle a las creches: compraré cuatro edificios y daré en arriendo sus locales; edificios, teatros, para que aprendáis allí a fabricar cultura y a fabricar bombas...

¿Están contentos. Después de Nietzsche y Dostoyewky, sería esta la tercera locura genial. Jorge salió. Los vasos quedaron tendidos sobre las mesas. Los revolucionarios, se acercaron unos a otros porque tenían frío y un lobo había pasado por las pupilas unilaterales.

G. Duval.

Y digamos, pegando un salto de 600 kilómetros que se trató y como se hizo este congreso.

El Congreso de Temuco

En este Congreso se hizo lo que suelen hacer los "gallos" diablos. Se hizo un poco de trampa, es decir, quienes manejaban los hilos de la cosa fabricaron delegados, tantos como convenía para hacer una jugadita electoral. Y ganaron, es claro. Y también por ese lado este congreso ha sido más pobre en frutos y en discusiones que los anteriores. La misma pauta elaborada, con minucioso cuidado y con anticipación bastante, por la Junta Ejecutiva de la Uech lo señalaba ya así. Era el programa, la repetición de las mismas cositas gastadas, manoseadas y fuera de uso, sacadas del estante vacío, vacío de medulosas acciones, de otros años; Habitaciones baratas, hogar del empleado, estatutos y reglamentos, carnets y estampillas, cooperativas de consumos, mausoleo, cooperativas de ataúdes, etc. ¡Ah! Nos olvidábamos: la consabida reforma a la ley. Y nada de lo que es urgente en las organizaciones que se precian de progresistas y que encierran elementos de vanguardia: métodos de lucha, orientaciones en el terreno en que el proletariado ha debido ya plantear su actuación, manera de encarnar la solución del problema social, y los aspectos del mismo, labor de cultura y fijación de posiciones en frente a la Prensa, enemiga de toda aspiración reivindicacionista, y, la consecuencia: labor de la prensa propia.

Y otros problemas y aspectos que no nos acuden mientras salta la pluma rápidamente.

Los frutos ciertos...

Veamos, empero, los frutos ciertos de este Congreso: intromisión de su autoridad en la autonomía propia de un Consejo, el de Santiago, y expulsión, porque bueno es aprovecharse del poder, de dos miembros de este Consejo, Aparicio y Guerra, por una labor de oposición al mangoneo y a las triquiñuelas de los factotum, embestida terrible en contra del Consejo de Santiago y mandato de organización para terminar, de una vez, con los elementos disociados y subversivos.

Otro fruto más: delegación de todo poder de creación y de todo poder de castigo inexorable en manos de la misma Junta Ejecutiva que también preparó tan bonito torneo, como diría un diputado asalariado.

Hay que gritar: ¡hurrah! por el Congreso y ¡hurrah! porque no se realice otro en el próximo ni en los años venideros.

PANIFICADORES

Estos compañeros panificadores, desmenbrados hasta yer, y ahora agrupados en la Unión Sindical de Panificadores, reivindican un tanto el sentido de la lucha social.

Internamente desarrollan una intensa labor de depuración y de acrecentamiento cultural, lo que hará madurar buenas perspectivas en este gremio tal vez de los más explotados y sometidos a una manera de vivir casi bárbara.

Publicamente se preocupan de agitar la campaña, tal vez un poco tardía ya, en contra de la ley de Seguro Obligatorio de Enfermedad e Invalidez, de la abolición del Trabajo nocturno en las panaderías y, algo también, en pro de la libertad de las víctimas de la Justicia de Yankilandia, Nicolas Sacco y Bartolomé Vanzetti.

P. Giacconi

MOVIMIENTO SINDICAL

EN TORNO DE UN CONGRESO DE EMPLEADOS

Los empleados agrupados en la Unión de los Empleados de Chile han celebrado en los días llamados de "fiestas patrias", un congreso en la ciudad de Temuco. Reinciden por tercera vez los empleados. Veamos ahora con que provecho; pero, digamos antes, algunas palabras acerca de lo que es, a nuestro modo de entender, la Uech.

¿Organización o Institución?

En verdad ha habido numerosos elementos no desligados de la manera burguesa de mirar las cosas que han hecho esfuerzos inauditos, con seguidos en parte, de incorporar a la Uech a la actividad nacional como una institución de derecho jurídico. Tal reconocimiento implícito se obtuvo con la reforma de la primitiva ley de empleados, 4059, reconocimiento conseguido después de gestiones no muy honrosas ni de viriles actitudes, ante el Gobierno de Altamirano.

El segundo gobierno de facto, pasado el período de ofrecimientos mesiánicos, rompía la ley

y en muchas de sus partes anulaba el reconocimiento ya expresado. Los dirigentes de la Uech, debieron buscar el equilibrio por otro lado.

Opuesta a esta tendencia preconizada desde la J. E. ha habido otra, derrotada casi siempre, que ha pretendido hacer de la Uech una organización que alza en los empleados la perspectiva de la lucha social encarada en una de sus manifestaciones más claras y comprensivas: la lucha en contra de la expoliación del trabajo por el capitalismo.

Y si para alguna cosa han de servir, siquiera teóricamente, estos congresos, es precisamente para aclarar estas situaciones y establecer rumbo. Sin embargo, un empeño manifiesto ha hecho obrar siempre lo contrario, y las dos tendencias, legalitaria y semi-revolucionaria, ni vencen ni son vencidas por entero.

Deseo nuestro sería tratar inextenso estos conceptos de organización e institución. Así, no habría manera de jugar a la gallina ciega con los vocablos. Pero ahora no podemos. Quizás mañana...

SASTRERIA
"CHILE"
DE
ALEJANDRO CEPEDA
San Pablo 1139
entre Bandera y Morandé, Santiago

Gran surtido permanente de casimires nacionales y extranjeros. Precios económicos y confección esmerada empleándose los mejores materiales en el trabajo.

Corte en todos los estilos, a entera satisfacción de su distinguida clientela.

SE RECIBEN HECHURAS

UN CUENTO DE RUBEN LOS CONGRESOS PEDAGOGICOS

La señora Leonor, maestra de escuela, literata y solterona, ensaya con sus alumnas la rima consonante, que con tanto ardor cultivara en sus años juveniles, ese genio trasnochado y ambulante que se llama Pablo de Rohka.

Ofrece un peso por cada rima instantánea. Se levanta una alumna y dice:

—Me llamo Rosa—de las flores la más hermosa. (Gana un peso).

Otra dice: Me llamo Ester—si me quieres, sé querer. (Otro peso).

La maestra dice: Me llamo Leonor—estoy enferma de tanto amor. (Se guarda un peso).

Otra dice: Me llamo Sara—tengo morena la cara. (Un peso).

Finalmente, se levanta una alumna muy grande, pero bien grande y dice con suspiros: Yo me llamo Lucha... (espectación en la clase, silencio, sonrojos, sonrisas, etc.) y tengo muy grande el corazón...

Una chaucha por la aproximación, dice la maestra.

(Escrito especialmente para "Claridad").

DE LA MEZQUINA ACTUALIDAD

La desocupación obrera

Como el año 21 y 22, volvemos a presenciar el espectáculo doloroso y depresivo de la desocupación obrera.

Los feudales del salitre, amparados por abogados chilenos de gran influencia en las esferas gubernativas, han empezado a cerrar sus oficinas, dejando en la más completa pobreza a miles de trabajadores que hoy vagabundean por las calles sin saber en qué forma ganarse el pan cotidiano.

Proceden de esta manera los industriales del norte, a fin de presionar al Gobierno y conseguir de este modo la rebaja del impuesto de exportación por quintal de salitre que reclaman desde hace tiempo con quejumbrosa insistencia.

Hasta este momento, no sabemos, sin embargo, de ninguna agitación de los organismos obreros, encaminada siquiera a protestar por la acción criminal de los magnates del salitre, y por la complicidad del Gobierno y de las Cámaras Legislativas que toleran impasibles estas maniobras del capitalismo extranjero.

No obstante, se habla por ahí de los miles de asociados de la Federación Obrera, del Partido Comunista, de la Unión Gremial, etc.

Seguramente, estos fantasmas del obrerismo nacional, van a probar sus fuerzas y a despertar de su letargo después que hayan perecido de hambre todos los desocupados del norte.

¡Bien por ellos!

Contrastes

La España monárquica, taurina y clerical, no está por entero perdida para la causa de la revolución, a pesar que aún continúan en el poder esos dos chulos de la tiranía que se llaman Primo de Rivera y Alfonso XIII.

Los escasos periódicos que tolera la censura o logran escapar a ella, nos informan que el espíritu del pueblo está cada día más animado del ímpetu renovador que dentro de poco cambiará radicalmente la fisonomía social y política de esa desventurada nación.

Por su parte, el resto de las fuerzas espirituales del país, literatos, artistas, intelectuales, no descansan en su tarea de combatir por cualquier medio a la dictadura.

Con motivo del cambio de rumbos impreso por el Directorio al Ateneo de Madrid, último reducto de los hombres de pensamiento libre, la totalidad de sus miembros se han retirado de este centro de cultura, quedando en él únicamente los sirvientes de Alfonso y los lacayos de Primo.

La prensa nos acaba de informar de una activa y digna renuncia, suscrita por uno de los verdaderos valores de la Península, que no está dispuesto a aceptar las imposiciones de la tiranía.

Al querer comparar la actitud de estos hombres, con la de ciertos intelectuales chilenos cuando la fuerza armada se adueñó del poder, no hemos podido menos de sonrojarnos...

Es, en efecto, harto sensible que nuestros intelectuales hayan tenido siempre tan poca entereza para afrontar situaciones que, por lo general, elevan el espíritu y embellecen el ideal.

Han estado siempre a favor de los opresores

y de la autoridad, defendiendo en todo instante, lo viejo, lo inútil, lo caduco.

En el conflicto estudiantil no tuvieron una sola expresión de aliento para los muchachos o de queja formal contra el conservantismo perseguidor de los pedagogos policiales y universitarios.

La separación de sus cátedras universitarias, de profesores como Pedro León Loyola y Amanda Labarca—sin duda alguna lo más honesto y progresista que hay en el profesorado del país—los ha dejado en la más completa marmota de las indiferencias.

Para qué decir que han sido siempre rehacos en comprender la importancia del problema que plantean las reivindicaciones proletarias, cuando algunos ni siquiera conocen la existencia de tal problema.

Son, a pesar de todo, los más altos y positivos exponentes de nuestra cultura.

Con razón se puede decir que este país es un paraíso.

Oposición justificada

De todas las leyes dictadas apresuradamente durante los días del movimiento militar, ninguna ha levantado mayores protestas que la 4054 de Seguro Obligatorio.

A pesar de las medidas compulsivas que contempla en sus disposiciones y de la activa propaganda que se ha realizado a su favor, presentándola envuelta en los vistosos ropajes de una sabia y científica asistencia social, ha sido combatida enérgicamente por los trabajadores.

Estimamos bien explicable y natural la actitud de los obreros que resisten el cumplimiento de esta ley. Hay varias causas que justifican plenamente dicha determinación.

En primer lugar, el objeto preciso de esta pancea reformista no es otro que contribuir al prestigio del Estado y al descrédito de los organismos revolucionarios; y en segundo, lo que se refiere a los espléndidos beneficios que recibirán todos aquellos que se conformen con la ley, es sólo uno de tantos recursos que emplean con frecuencia los gobernantes para adormecer la inquietud de las masas populares.

¿Si en esta forma se manejan las cosas, no es justo, entonces, que los obreros organizados se nieguen a acogerse a una medida que va a atentar directamente contra sus propios intereses?

Por otra parte, parece que no todo el dinero que por medio de presiones se le disminuye semanalmente a algunos obreros, está destinado al objeto señalado por la ley.

Anticipamos esta suposición debido a que los fondos reunidos se encuentran entregados a la custodia de la Caja de Ahorros, cuya situación fué bastante precaria y difícil a fines del año último.

Además, no hace mucho que el Consejo de la Caja de Seguro Obligatorio, acordó entregarle por el presente año \$ 2.400.000 a la Caja de Ahorros por ciertos trabajos que dicen relación con el movimiento y control de los asegurados.

Para el próximo año esta cuota será mucho más elevada.

Sin embargo, cuando se defendían las bondades y excelencias de la ley, se ocultaba siempre que estuviera sujeta a gravámenes de ninguna especie.

Adriano Demarchi.

Todos vivían en el más tranquilo de los mundos. Pero sucedió que, ante la actitud terca del Rector frente a un hecho inesperado, los estudiantes más inquietos hacen un gran movimiento, paralizan la Universidad y no hay fuerza posible—ni la policía—para hacerlos volver pacíficamente a clases.

Gritar una reforma integral de la enseñanza, reforma que no suponen, sino algunos, pero que sienten y desean todos.

En fin, de todo eso quedó sólo, en parte, la polvareda de dos profesores menos en el Pedagógico y unos cuantos estudiantes separados por reformadores.

Es increíble el espléndido método que los gobernantes tienen para reformar la enseñanza, en la cual se apoyan o mejor dicho se sientan y ruecuestan.

Hace más de un año, cuando la Asociación de Profesores hacía una fuerte campaña de reforma educacional, el señor Alessandri separó de sus puestos a seis profesores; ahora, el Consejo de Instrucción Pública, separa a diez estudiantes de la Universidad por el mismo delito: el de atentar contra la tranquilidad de los poderes educacionales constituidos.

Como nunca falta gente inteligente, resultó, desde el primer momento, que frailes y masones quisieron ganarse las consecuencias del movimiento estudiantil que ya empezaba a convertirse en Congreso Pedagógico.

Los estudiantes invitaron a los obreros, profesores, estudiantes e instituciones artísticas a un Congreso, del cual debían salir las conclusiones sobre las cuales conquistar una reforma educacional. Por su lado la Sociedad Nacional de Profesores también invitó a algunos profesores y a los estudiantes, en una forma imposible de asistir, a una "Asamblea Pedagógica".

En primer lugar hablaremos del Congreso organizado por los estudiantes.

Desde el primer momento chocaron los elementos estudiantiles de avanzada en unión de los profesores de la Asociación General contra los enviados católicos.

Es necesario reconocer que en las discusiones se desarrollaron debates de profundo interés. Es necesario señalar por lo menos tres: por finalidades de la educación, la exposición de su proyecto que hizo la Asociación de Profesores y la co-educación.

Después vino lo que no podía faltar. Al votarse las universidades libres, el Congreso estalló; porque, según los católicos, no era posible negarles el derecho de tener universidades a ellos que para eso tienen recursos de sobra, aunque la enseñanza vaya por su cuenta.

Acaba de verificarse ahora la Asamblea Pedagógica de los profesores secundarios.

Es necesario dejar bien señalado que, según el reglamento, sólo llegaban con garantías de número y calidad los secundarios y universitarios. En lo que se refiere a los primarios, la invitación era muy distinta y en cuanto a los estudiantes, apenas pudieron ir no más de diez; a los obreros les fué imposible.

Sólo la actitud bien sostenida y activa de la Asociación de Profesores—que en todos estos movimientos tuvo un importante papel—consiguieron garantías más o menos equitativas, con el consiguiente sobresalto de algunos rectores de liceos y directores de Escuelas Normales. Y después de todo es necesario reconocer que la Asociación triunfó plenamente tanto en los debates como en las conclusiones. También pudo verse manifiestamente cómo los profesores primarios, secundarios y especiales que en esa institución se congregan tenían un total de conocimientos pedagógicos y sociales superiores a la gran masa medio escandalizada de profesores restantes.

Merece citarse con entusiasmo la enérgica protesta que los estudiantes lanzaron al iniciarse el Congreso que fué—a pesar del ambiente—muy bien recibida.

Filoctetes.

LEA CLARIDAD

Imp. "Germinal".—San Pablo 1671.—Sgo.